

**Editorial Gedisa ofrece
los siguientes títulos de**

BIBLIOTECA de EDUCACIÓN

SERIE TEMAS DE CÁTEDRA

Las obras reunidas en esta serie son fruto de un esfuerzo compartido entre la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y la Editorial Gedisa. TEMAS DE CÁTEDRA fue creada para dar lugar a textos introductorios escritos por profesores de diversas áreas de las Humanidades y concebidos especialmente para estudiantes universitarios. Incluye obras breves y accesibles, que abordan de manera original las actuales discusiones de cada disciplina.

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decano

Francisco Raúl Carnese

Videcana

Marta Souto

Secretaria Académica

Susana Margulies

Secretario de Investigación

Carlos Reboratti

Secretario de Posgrado

Samuel Cabanchik

Secretario de Supervisión Administrativa

Fernando Rodríguez

Secretario de Transferencia y Desarrollo

Mariano Morato

Prosecretario de Extensión Universitaria

Rubén Noiosi

Secretario de Relaciones Institucionales

Fernando Pedrosa

Prosecretario de Publicaciones

Fernando Rodríguez

Coordinadora de Publicaciones

Beatriz Frenkel

Coordinadora Editorial

Julia Zullo

Consejo Editor

Francisco Raúl Carnese

Noemí Goldman

Amanda Toubes

Sylvia Sáitta

Ana María Lorandi

Noé Jirík

Berta Perelstein de Braslavsky

Daniel Galarza

Virginia Manzano

Ni ley, ni rey, ni hombre virtuoso

**Guerra y sociedad en el virreinato
del Perú. Siglos XVI y XVII**

Ana María Lorandi



Universidad de Buenos Aires
Facultad de Filosofía y Letras

gedisa
editorial

Prefacio

El objetivo central de este libro es ofrecer un panorama de la conquista y colonización del sector andino del virreinato del Perú, durante los siglos XVI y XVII. Si bien se presentan y comentan los aspectos generales que adquirió este proceso, el foco está puesto en las guerras de conquista, las rebeliones indígenas, las llamadas "guerras civiles" entre facciones de colonizadores entre sí y contra las autoridades de la Corona española. Se ha seleccionado esta temática por varias razones.

La primera es de orden académico, o si se quiere teórico. El propósito es actualizar los principales acontecimientos que confluyen a conformar un determinado modelo de colonización, que no puede comprenderse cabalmente estudiando sólo las instituciones, o sólo los comportamientos parciales de los diversos actores sociales y sus respectivas estrategias, tanto las hegemónicas como las contrahegemónicas.

La segunda es de orden didáctico. No existen textos que refresquen y discutan estos acontecimientos desde una perspectiva actualizada. Estudiamos las consecuencias demográficas de la conquista, pero ignoramos las condiciones en las que se llevó a cabo. Discutimos las consecuencias sociales, políticas, económicas y también demográficas de las guerras civiles pero disponemos apenas de vagas referencias a lo que sucedió.

La tercera es de orden metodológico. El descrédito de la historia "événementiel" ha conducido a desechar una narrativa que basara el análisis en una presentación, aunque fuera sintética, de la sucesión de los acontecimientos concretos producidos por los actores sociales, considerados como agentes activos de un determinado

proceso histórico. En todo caso se citan parcialmente algunos datos o se hace referencia a algunas conductas singulares, las más visibles o significativas, dando por hecho que el lector conoce el resto de los acontecimientos. Sin embargo, no es tan evidente que el lector haya tenido acceso a la historia política, estructurada cronológicamente, al viejo estilo de la historia tradicional. Por cierto, también es sumamente importante que el historiador, y con más razón cuando se adopta el enfoque de la Antropología histórica, le otorgue voz a las masas silenciosas, tratando de leer el revés de la trama. No obstante, eso no habilita a ignorar a aquellos personajes que por su posición en la estructura social y política toman decisiones y efectúan acciones que inciden directa o indirectamente en el resto de la población. La "agencia" social, individual o colectiva, tiene distintos grados de impacto, según el lugar que se ocupa en la pirámide del poder o, en otros casos, según la capacidad para cohesionar voluntades en torno a objetivos comunes.

Mi propósito ha sido el de combinar una narrativa histórica tradicional, o sea el relato cronológicamente organizado de una serie singular de acontecimientos, con un análisis que refleje una interpretación —entre otras posibles— y una discusión de los factores que intervienen en la producción de esos acontecimientos y de sus efectos en la larga duración. Este libro se propone enfrentar ese desafío, no sin las precauciones y aclaraciones necesarias. Es imposible asir la totalidad de la historia, la totalidad de la realidad. La aproximación al pasado es incompleta, parcial, sesgada por las fuentes, limitada por la capacidad de interpretación y por las dificultades de la narración. Tal vez ninguna interpretación histórica pueda dejar de ser algo impresionista. Además aunque la neutralidad del historiador resulte en definitiva una falacia, nunca debe dejar de lado su preocupación por ser y parecer honesto, ofreciendo al lector las bases empíricas de su interpretación. La elección de un tema y de un enfoque es de por sí un acto volitivo, una intención manifiesta de destacar algunos aspectos de la elusiva realidad a la que el investigador se aproxima y siempre ofrece el desafío de dejar de lado otros

aspectos. Pero además, y sobre todo en el capítulo final, hay una clara toma de posición y valoración personal del proceso que se describe.

Por lo tanto, el objetivo de este libro es el de dibujar con trazos de diferentes colores y textura, el conjunto de elementos que considero que intervienen en la conformación de una sociedad particular, sin descuidar las recurrencias tanto como las contradicciones y los matices. He tomado las situaciones de mayor conflicto como nudos de apoyo para desarrollar mis argumentos, porque esos momentos históricos tienen un pasado, tienen su propia historicidad y se insertan en una estructura que está constituida por normas y prácticas sociales que los anteceden y que se proyectan en el futuro. Todo presente tiene un pasado y un futuro, está inserto en una estructura que a la vez cuestiona y quiere modificar. Además, estas situaciones pueden ser violentas, y de gran visibilidad histórica, o pueden ser construidas por el historiador a partir de una sumatoria artificial de acciones pacíficas. Sumatoria artificial porque los actores involucrados no tuvieron necesariamente noción y en ese caso menos aún coordinación, con acciones paralelas o similares de otros actores, con los mismos o con diferentes objetivos. Simplemente, desde la amplia perspectiva que permite la distancia temporal, el observador puede identificar rastros de acciones y comportamientos y agruparlos para otorgar sentido a su interpretación. Estoy consciente de que el método puede ser objetable, puede incluso ser considerado como una manipulación con fines no confesados. Y con esto caemos otra vez en el problema de la honestidad que sólo puede ser defendida si existe una explícita justificación de los objetivos y de las razones por las que se dejan afuera otros acontecimientos y formas de conducta. Pues es claro que otro autor puede con el mismo derecho agruparlos de otro modo y ofrecer una interpretación alternativa.

Debo confesar que, a medida que avanzaba en la escritura de este texto, la violencia indiscriminada que caracteriza los primeros treinta años de la colonización andina y la constante burla de las

normas, reglas y leyes de casi todos los españoles que llegaban para poblar estas tierras y que se prolongó a lo largo de toda la colonia, han terminado por ensombrecer enormemente el perfil de la sociedad que se diseña en el libro. Esto puede llegar a ser duramente criticado. Por el hecho de haber puesto el foco de la narrativa en el proceso de conquista, sometimiento y explotación de los indígenas, por un lado, y en las rebeliones de los españoles por el otro, fue inevitable que salieran a luz los aspectos más crueles e inmorales de la sociedad colonial. No hay ninguna duda de que esta misma sociedad puede ser analizada desde otra óptica. Por ejemplo, la riqueza cultural que se desarrolla a partir de la inserción planetaria de América bajo el paraguas de los extensos dominios de la Corona española durante el gobierno de los Austrias. O bien, destacando los muchos esfuerzos de las autoridades y funcionarios metropolitanos para poner límites al individualismo y a la anomia moral que se desarrolla en estas tierras. Es evidente que los historiadores hispanistas tradicionales pudieron ver la cara buena de este proceso. Pero, desde mi presente histórico, y sin intentar una falsa neutralidad, he resuelto destacar el abismo que separan las normas de las prácticas cotidianas de la agencia social, en un esfuerzo por buscar las raíces de muchos de los males que afectan a nuestras naciones latinoamericanas.

Advertencias sobre la estructura del libro

Es necesario hacer algunas advertencias que expliquen los recortes temporales y espaciales de este libro.

Si quería sostener la estructura narrativa propuesta, no podía extenderme más allá del siglo XVII. Por otra parte, existe amplia bibliografía, en este caso, accesible (tanto en cuanto a disponibilidad como, en algunos casos, por tratarse de textos de síntesis) sobre las rebeliones del siglo XVIII. En consecuencia he optado por no incorporarlas. Caso contrario volvería a caer en amplias generalizaciones

interpretativas, pero el basamento empírico o el relato relativamente pormenorizado de los acontecimientos se hubiera visto afectado.

En cuanto a los recortes en el espacio. En primer lugar, me he limitado al área andina, porque tomar toda la extensión del virreinato del Perú, me hubiese obligado a relatar y analizar los acontecimientos que se produjeron en el Paraguay y Río de La Plata, que tienen perfiles muy particulares y, analizarlos hubiese significado, además, extender en exceso el volumen del libro. En cuanto al resto de los recortes espaciales y salvo referencias generales en los dos primeros capítulos, opté por dejar de lado el relato sobre otras rebeliones que se producían en el extremo norte del área andina, o sea la región quiteña y en general otros acontecimientos que tenían por escenario la vertiente oriental de los Andes. Preferí privilegiar un desarrollo más detallado de los procesos de colonización en el extremo sur del área, tomando Chile y el noroeste argentino, porque los considero de mayor interés para el público universitario al que está destinado este libro.

En cuanto a las citas de los cronistas. En general han sido colocadas en el texto para ilustrar algunos temas importantes. Las diferencias en la grafía de las citas obedecen a dos razones: la primera, he respetado las adoptadas por las ediciones que he utilizado, puesto que en algunos casos las han modernizado y otros han conservado en todo lo posible la grafía original. La segunda, dado que no se han consultado los manuscritos originales y no se pudo adoptar una norma uniforme, me pareció interesante que los estudiantes tuvieran acceso a las modalidades originales del lenguaje escrito de la época cuando la edición consultada así lo permitía.

La conquista y los primeros conflictos por el poder

Dicen algunos de los indios que Atavalipa [Atahualpa] dixo antes que le matasen que le aguardasen en Quito, que allá le bolberían a ver hecho culebra. Dichos dellos deven de ser.

PEDRO CIEZA DE LEÓN

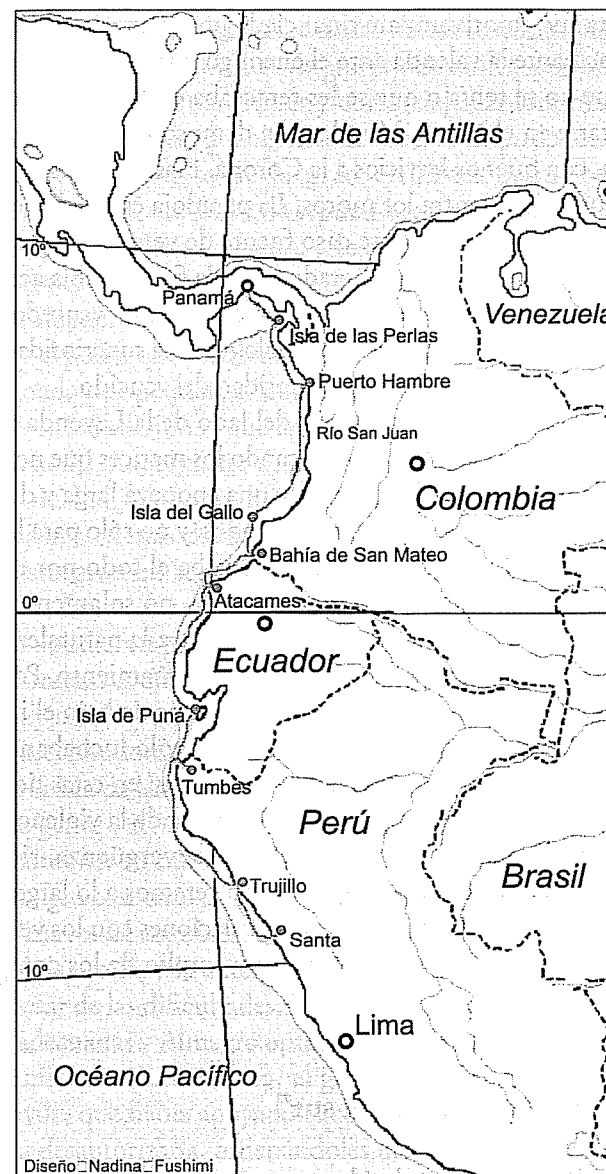
La epopeya de la conquista y la construcción del honor

La historiografía ha recorrido sin cesar el tema de las motivaciones que impulsaron a los europeos, y a los españoles en particular, para lanzarse a la singular aventura de la conquista del Nuevo Mundo o de los Nuevos Mundos. "Mundos Nuevos, Nuevos Mundos", así titularon Serge Gruzinski y Nathan Wachtel (1996) al Congreso que en 1992 organizaron en París, en conmemoración de los 500 años de la conquista de América. Como lo señalan estos autores en el prefacio de la edición de las ponencias del Congreso, esta conquista encierra la paradoja de ser a la vez el espejo del Viejo Mundo y el laboratorio de un Mundo Nuevo. En la más elemental de las comparaciones, los historiadores están de acuerdo en que la reconquista del territorio que ocuparon los reinos moros en la Península Ibérica fue una prolongada experiencia de relaciones y confrontaciones con un "otro" social y religioso y, a la vez, un nuevo espacio social para poner a prueba una serie de nuevas instituciones. Fue, asimismo, una de las vías por las cuales un hombre valiente, aunque no fuese noble de antigua raigambre, podía alcanzar los privilegios incorporados a la preeminencia social. No era necesario entonces pertenecer al linaje de los godos, fuente principal del honor

medieval. La guerra contra los moros fue una nueva fuente de construcción del honor basado en el valor personal para enfrentarse a un enemigo que, si bien era "infiel", era tanto o más "civilizado" que quienes lo combatían. El honor del guerrero proviene del valor que demuestre en el combate y las armas son sus herramientas para elaborar su honor. En otras palabras, la valentía demostrada en la batalla permite "valer más", y si se vale más es posible reclamar recompensas materiales y simbólicas. Pero aquí es necesario remarcar un aspecto sustancial de la presente argumentación. Esa guerra contra los moros se hacía contra una población compuesta por campesinos laboriosos y una élite refinada y culta. Y si bien como en toda guerra pudieron existir excesos y saqueos, como lo demuestra la temprana epopeya del Cid Campeador, no era una guerra contra un enemigo estigmatizado como inferior. Debemos recordar además que el estigma de la infidelidad religiosa musulmana es posterior a la Reconquista y obedeció a la necesidad de homogeneizar a una nación por la vía del evangelio cristiano. Vencerlos entonces, era una fuente de honor siempre que se respetaran los derechos del vencido.

El honor no es un concepto inmutable, que puede ser asimilado a una condición social, a una sola virtud, a una forma única de moral. Es mucho más que el simple respeto a sí mismo, como sostiene Bergson (1996). O, en todo caso, el respeto a sí mismo se basa en la posesión de distintas clases de bienes culturales, tanto materiales como simbólicos, según el lugar que un individuo ocupe en la sociedad o según las circunstancias por las que transcurre su vida. Cada sociedad, o cada segmento de la sociedad, en cada circunstancia histórica, puede construir sus propios paradigmas del honor. Desde esta perspectiva, el concepto es esencialmente dinámico y depende del contexto en el que se manifieste.

Si abordamos el problema de la conquista de una manera global, bien podemos preguntarnos si la violencia arbitraria no había dejado de ser vergonzante apenas se intentaron las primeras empresas de colonización. Es materia corriente considerar que la empresa de la



La ruta del descubrimiento

conquista fue emotivamente financiada por la apetencia de ganar honor mediante la valentía ante el enemigo infiel. La preeminencia social que no se tenía o que se les retaceaba en la península debía conquistarse en el Nuevo Mundo, con demostraciones del valor en la guerra, con buenos servicios a la Corona. Hasta aquí es un espejo de la reconquista contra los moros. La paradoja es que la violencia indiscriminada no era en este caso fuente de vergüenza, porque se ejercía contra un infiel que de grado o por la fuerza debía aceptar la superioridad y la hegemonía de los invasores. Por ser vencedores, los españoles necesitaron construir la ideología de la superioridad, cuya contracara fue el estigma de la inferioridad del vencido.

¿Es que estamos colocándonos del lado de la Leyenda Negra? En parte es posible que sí, pero buscando los matices que nos aproximen a la realidad. La conquista fue una epopeya larga y dolorosa para los que participaron en ella, para todos, y no sólo para los vencidos. Fue una aventura en la que se jugaba el todo por el todo. Donde muchos demostraron gran valentía, no solamente en los combates contra los otros hombres sino contra la naturaleza, contra el aislamiento, contra la angustia del extrañamiento. Poco importa discutir aquí si esta osada aventura se hacía bajo el ideal de expandir el evangelio a todo el planeta, o si sólo luchaban por su quimera del oro. Lo que sí es cierto, es que aquí en estas tierras, se construyó un nuevo paradigma del honor, donde la violencia arbitraria y cotidiana, no sólo no era fuente de vergüenza, sino que condujo hacia una anomia moral. Como veremos a lo largo del libro, no se aplicó exclusivamente en las relaciones con los vencidos, sino que se reflejará en un abanico muy amplio de los comportamientos sociales.

Descubriendo “la mar del sur”

Francisco Pizarro, Diego de Almagro y un socio financiero, Gaspar de Espinosa, que utilizó al clérigo Hernando de Luque como testa-

ferro, decidieron que la conquista de las tierras bañadas por la mar del sur constituía un horizonte de gloria verosímil y posible. Pizarro ya había realizado un primer y corto viaje exploratorio recorriendo parte de la costa panameña, de modo que pudo recoger algunas informaciones sobre la gran civilización que se había desarrollado más al sur. El 13 de septiembre de 1524, Francisco Pizarro y 112 españoles se hicieron a la mar, partiendo desde Panamá. Aportando recursos más o menos equivalentes, los tres socios se comprometieron a participar por partes iguales en las riquezas, la gloria y el poder que soñaban conquistar. El resto de la hueste estaba formada por pequeñas “compañías” o sociedades integradas por dos o más individuos que aportaban recursos solidariamente. La quimera del oro, el sueño de alcanzar la hidalguía como premio de la heroicidad y la honra que otorgaban las nuevas conquistas, esos espejismos detrás de los que tantos españoles perdieron la vida, se trastocaron en la miel que sólo algunos —los más valientes, los más osados, o en realidad los que tomaron las decisiones más acertadas— pudieron paladear.

Las primeras aventuras fueron durísimas y decepcionantes. La tierra muy cálida y húmeda, inhóspita; los indígenas hostiles; el hambre asechando detrás de cada intento de hacer pie en tierra. Cerca de la Isla de las Perlas, los alcanzó Diego de Almagro con refuerzo de gente y de alimentos. Sin embargo, no resultaba fácil a Pizarro contener su hueste ante tantos contratiempos y desilusiones y Almagro comenzó a mostrar su recelo por la creciente autoridad de Pizarro. El cogobierno de esta expedición se diluía ante la habilidad, la osadía y la entereza del antiguo socio y amigo. Día a día, y a pesar de las dificultades, Pizarro parecía adoptar las decisiones más adecuadas y Almagro optaba por ceder ante la lógica de los acontecimientos. Entre tanto, el gobernador de Panamá, Pedro Arias Dávila, que había apoyado al comienzo esta nueva aventura, intentaba desautorizarla, ordenándoles que regresasen debido a su alto costo en vidas y recursos. Pero Pizarro decidió desobedecerlo a pesar de las dudas de Diego de Almagro quien aceptó ir una vez

más a Panamá para buscar nuevos refuerzos. Regresó con 110 hombres de refresco, llevando consigo a dos personajes que lograrían un rol destacado en esta historia, tan matizada de sucesos extraordinarios: el piloto mayor Bartolomé Ruiz de Estrada y el artillero griego Pedro de Candia.

Con los nuevos pertrechos y más aspirantes a conquistadores, continuaron el viaje hacia el sur hasta el río San Juan, donde consiguieron comida y bastante oro, pero al mismo tiempo fueron atacados por una infernal nube de mosquitos. La tierra era pantanosa, infectada de alimañas y caimanes, por lo que Pizarro decidió continuar su derrotero, enviando una vez más a Almagro a Panamá para buscar más gente y al piloto Ruiz con una embarcación menor para reconocer la costa sur. Al regresar, este último trajo noticias que alentaron las esperanzas de los osados expedicionarios. Había traspasado la línea ecuatorial hasta la bahía de San Mateo y un poco más adelante se encontró con una balsa con vela latina que transportaba objetos que maravillaron a la tripulación:

Espejos guarnecidos de la dicha plata, y tazas y otras vasijas para beber; traían muchas mantas de lana y de algodón, y camisas y aljubas,¹ y alaremes,² y otras muchas ropas, todo lo más de ello muy labrado de labores y muy ricas de colores de grana, y carmesí, y azul, y amarillo, y de todas otras colores de diversas maneras de labores y figuras de aves y animales, y pescados, y árboles, y traían unos pesos chiquitos de pesar oro como hechura de romana, y otras muchas cosas. (Prescott, 1967: 168, nota 13).

¹ Aljuba, "vestidura morisca, especie de gabán con mangas cortas y estrechas, que usaron también los cristianos españoles". (Diccionario Salvat).

² Alaremes. Sólo he encontrado el término "alares: zagüelles o calzones que usaban antiguamente anchos y follados en pliegues". Diccionario de Autoridades o Diccionario de Lengua Castellana compuesto por la Real Academia Española. Madrid 1791. La misma palabra y definición se encuentra en Covarrubias, Tesoro de la Lengua Castellana, 1611. (ed. facsimilar 1943).

Bartolomé Ruiz llevó consigo tres indígenas de la etnia tallán, entre ellos el bautizado con el nombre de Felipillo, que poco a poco aprendieron la lengua castellana y se transformaron en valiosos auxiliares de la expedición. Almagro regresó una vez más con refuerzos de hombres, armas y alimentos que les permitieron continuar hasta la bahía de San Mateo. Sin embargo, a medida que transcurrían las semanas, las dificultades arreciaban y las enfermedades tropicales ponían en peligro la vida de la hueste, pero Pizarro no se amilanó. Siguiendo el derrotero hacia el sur, encontraron la aldea de los atacames a quienes pudieron robar alimentos y paliar el hambre que otra vez los acosaba. La aldea era importante, pero fue despoblada por sus ocupantes que acechaban desde sus alrededores los movimientos de estos extraños visitantes. Ante un ataque de los indios, el artillero Candia hizo fuego con un pequeño cañón que los aterrorizó y después de nuevos intentos por repeler a los recién llegados, los atacames sólo se dedicaron a espiarlos y a construir sus propias interpretaciones acerca de todo lo que veían.

La falta de resultados concretos estaba llevando a su punto álgido el descontento de la hueste. Mientras Almagro hacía un nuevo viaje a Panamá, Pizarro se refugió en la Isla del Gallo, frente a la bahía de San Mateo, pero en otra nave también enviada al mismo destino, los descontentos habían remitido a las autoridades un oculto pedido de auxilio. A fines de septiembre de 1527 —transcurridos ya tres años de la partida de Pizarro hacia sus nuevos rumbos— llegaba una flotilla al mando del capitán Juan Tafur, enviada por el nuevo gobernador Pedro de los Ríos, con orden de llevarlos de regreso a Panamá. Pizarro se mantuvo firme y, como cuentan o inventan los cronistas, con una audaz puesta en escena, trazó una raya en la arena de la playa, diciendo: al norte queda Panamá, al sur la tierra por descubrir que nos colmará de riquezas y de honra; cada uno debe elegir su destino. Sólo trece hombres cruzaron la línea en dirección al sur. Estos fueron "los Trece de la Fama". A pesar del magro éxito de su convocatoria, el futuro marqués no abandonó su propósito de continuar la aventura y sólo aceptó que Tafur

los trasladara a otra isla más confortable, donde pasaban los días cazando y pescando para sobrevivir. Así transcurrieron casi seis meses cuando, por fin, Bartolomé Ruiz apareció en una nave con el propósito de rescatarlos.

Con la nueva nave continuaron la irresistible marcha hacia el sur. Así llegaron a Tumbes, guiados por unos guerreros que se dirigían en balsas a hacer la guerra a la isla de Puná. En Tumbes tuvieron la primera prueba del alto nivel de civilización que habían alcanzado estas poblaciones. Allí vieron las primeras llamas, esos extraños animales parecidos a los camellos, pero sin gibas. Las ropas, el lujo, la relativa sofisticación del comportamiento de estos indígenas, los convencieron de que finalmente sus esperanzas no habían sido vanas. Los primeros en bajar a tierra fueron Alonso de Molina y un negro de la tripulación.

Vio Alonso de Molina muchos edificios y cosas que ver en Tunbez; fue bien servido de comida él y el negro, el qual andava de unos en otros que lo querían mirar como cosa tan nueva y por ellos no vista. Vio Alonso de Molina la fortaleza de Tunbez y acequias de agua, muchas sementeras y frutas y algunas ovejas. Venían a hablar con él muchas yndias muy hermosas y galanas, vestidas a su modo; todas le daban frutas y de lo que tenían, para que llevasen al navío (....) Candia contó al capitán tantas cosas, que hera nada lo que avía dicho Alonso de Molina, porque dixo que vio cántaros de plata y estar labrando a muchos plateros y que por algunas paredes del templo avía planchas de oro y plata, y que las mujeres que llamavan del Sol, que heran muy hermosas (Pedro Cieza de León [1553] 1987. *Tercera Parte*, capítulos XXI y XXII).

Pedro de Candia los maravilló mostrándoles la potencia de su arcabuz. El curaca de Tumbes y sus orejones informarían de estos extraños encuentros al inca, el gran señor, que como les dieron a entender a los españoles, gobernaba todas estas tierras. Llegando a la desembocadura del río Santa, el capitán decidió que la exploración

les había ofrecido suficientes indicios de lo que podría encontrarse más adelante en la costa y tierra adentro y que era hora de preparar una verdadera expedición de conquista. Al regresar a Panamá, describieron las maravillas que habían encontrado en el "Pirú" y mostraron a los tres muchachos tallanes capturados por el piloto Ruiz, ataviados con sus mantos multicolores, las llamas —las "ovejas de la tierra"— que llevaron consigo y el oro que lograron robar a los indios en el río San Juan.

Sin intención de trazar un perfil psicológico de la personalidad de Pizarro, es posible hacer un balance de su conducta en base a los acontecimientos que hasta el momento lo han tenido como actor central. En los cuatro decenios que habían transcurrido desde que Colón tocara las costas del nuevo continente, los españoles habían aprendido muchas cosas. La primera, y la más importante tal vez, era que este continente estaba ocupado por poblaciones muy diferentes. Si simplificamos y jugamos con un dualismo elemental, podemos decir que comprobaron la existencia de poblaciones hostiles y otras amigables; algunas con organización política muy débil y segmentadas y otras mucho más fuertes y centralizadas; las había con hábitos culturales muy simples y escaso desarrollo tecnológico y aquellas como las que había conquistado Hernán Cortés pocos años antes, que mostraban una enorme sofisticación cultural, jerarquización interna, sacerdocio y otros oficios especializados, intercambio a grandes distancias, arquitectura monumental, escritura y numeración, conocimientos astronómicos, administración ritual y uso de los calendarios. Pero estas diferencias, que permiten hacer esta clasificación elemental, no siempre eran rápidamente visibles. Los que triunfaron y se quedaron con el mejor botín fueron aquellos que disponían de mayor agudeza para descubrir los indicios más fiables. O sea, la capacidad de separar el grano de la paja. Fueron miles los españoles que perdieron la vida o que fracasaron en esta gigantesca quimera del oro que fue la conquista del nuevo continente. En estas exploraciones de nuevas tierras resultaba fundamental no permitir que lo imagi-

nado se confundiera con la realidad. Cuando el deseo oscurece el entendimiento, nubla la vista y hace latir demasiado fuerte el corazón, es más difícil mantener alerta todos los sentidos para distinguir entre la fábula y la realidad, entre lo posible y lo imposible y sobre todo, para prever acciones que bien conducidas permitan alcanzar el objeto de la quimera. Por eso, los que lograron triunfar fueron los que, como Francisco Pizarro, supieron conjugar osadía para que los peligros no los amilanasen, frialdad para evaluar los riesgos, firmeza para tomar decisiones y energía para cohesionar la hueste detrás de un liderazgo que era necesario consolidar día a día.

El Tawantinsuyu, o el Imperio de los Cuatro Suyus

¿Adónde estaban llegando estos intrépidos aventureros? ¿Cuáles fueron las imágenes que se fueron formando sobre el Imperio de los Cuatro Suyus?³ ¿Cuánta información pudieron “procesar” a partir de las noticias que iban recogiendo? ¿Qué tipo de sociedad, qué tipo de Estado estaban a punto de descubrir?

El Tawantinsuyu, como se denominó al imperio de los incas, fue posiblemente uno de los Estados con organización más sofisticada de cuantos Estados precapitalistas se conocen en el mundo. Si bien la estructura política dependía en gran medida de las alianzas y las negociaciones entre los linajes de los nobles cuzqueños, llamadas *panacas*, que encabezaban el imperio y los señores locales, los incas habían logrado un alto grado de perfeccionamiento en la organización administrativa y en la recolección de las rentas estatales. Mostraron enorme capacidad para redistribuir y relocalizar grandes contingentes de población —trasladados, a veces, a distancias

³ En quichua, *Tawantin* significa cuatro y *suyu*, parte. El *Tawantinsuyu* estaba formado por cuatro partes o provincias, Chinchaysuyu al nor-noroeste; Antisuyu al nor-noreste; Collasuyu al sur-sureste y Cuntisuyu al sur-suroeste.

que superaban los dos mil kilómetros del suelo natal— con el propósito de ejercer un control más estrecho sobre los señores locales. De esa manera se apropiaban de mano de obra que era directamente controlada por autoridades designadas por el Cuzco y que se destinaba a satisfacer las rentas estatales, la guerra o la vigilancia de las fronteras.

A su vez, este sistema se sumaba a un mecanismo tradicional más simple para lograr la apropiación de una parte de los recursos excedentes: nos referimos a los turnos rotativos de trabajo o *mit'a*, a los que estaban obligados todos los hombres adultos, de todos los señoríos conquistados y que reemplazaba al tributo en bienes elaborados, (John Murra 1978). El trabajo consistía en cultivar tierras que el Estado se había reservado para sí, en cuidar sus rebaños, en trabajar en obras públicas en el Cuzco o en los centros provinciales, en la construcción de caminos y puentes, en cuidar las momias de los incas muertos, o en producir tejidos, alfarería, objetos de orfebrería u otros similares. O sea que realizaban las mismas tareas que los relocalizados, salvo que durante plazos previamente acordados con los señores locales.

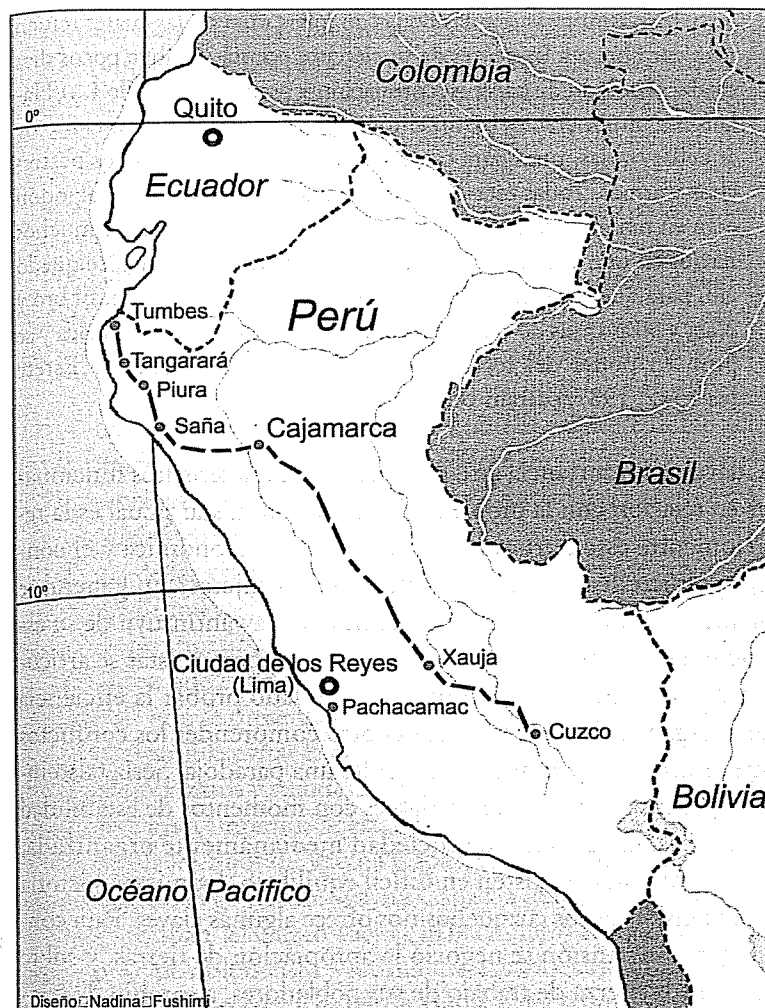
Ese modelo de organización estatal comprende una ocupación efectiva de los territorios conquistados, sostenida por una infraestructura adecuada y una administración directa o indirecta para regular las relaciones del grupo dominante con las poblaciones subordinadas. Por eso no podemos dejar de mencionar algunas de las características más sobresalientes de la organización del Tawantinsuyu, caso contrario no podríamos entender a las puertas de qué tipo de Estado se encontraban los tres socios de la conquista del Perú. Por un lado, se destaca la construcción de la fantástica red de caminos, incluyendo los puentes, que permitieron una fluida comunicación a lo largo y a lo ancho de todo el territorio que se extendía desde el norte del Ecuador hasta Santiago en Chile y Mendoza en Argentina.

■ Pasa por aquellos dos pueblos un camino ancho hecho a mano que atraviesa toda aquella tierra y viene desde el Cuzco hasta Guito [Qui-

to] que hay más de trescientas leguas: va llano, y por la sierra bien labrado. Es tan ancho que seis de caballo pueden ir por él a la par sin llegar uno a otro. Van por el camino caños de agua traídos de otra parte, de donde los caminantes beben. A cada jornada hay una casa a manera de venta donde se aposentan los que van y vienen. (Francisco de Jerez [1534]1987)

En segundo lugar, la apropiación de tierras y ganado para usos estatales o rituales y la instalación de “tambos”, o posadas, en algunos casos verdaderas ciudades, con templos y palacios y una plaza en cuyo centro reinaba el *ushnu*, o plataforma, donde el soberano se entrevistaba con los señores locales y dirigía los rituales. Desde estos centros administrativos y rituales, se ejercía el control político y se administraban las prestaciones impuestas a las comunidades locales. En esos terrenos y en edificios especiales se instalaron diversas categorías de trabajadores temporarios o permanentes destinados a producir bienes de uso y de consumo para el Estado, almacenados en centenares de colcas o depósitos, así como para custodiar las fronteras o asegurar los servicios rituales de las momias de los incas. Estas condiciones colocan a los incas como los fundadores de uno de los Estados precapitalistas más acabados y complejos al arbitrar medidas que favorecían la macro autosuficiencia. De esa manera se ejercía una ajustada supervisión fiscal y política sobre aproximadamente diez millones de personas, distribuidas en un millón de kilómetros cuadrados.

La acumulación de bienes recaudados por el Estado tenía dos grandes grupos de destinatarios. Uno de ellos era la población que realizaba ciertos tipos de servicios y que no podía atender su propia subsistencia, como los ejércitos; el otro la propia élite cuzqueña y sus funcionarios. Estos los consumían o utilizaban directamente, o bien los redistribuían en grandes fiestas y dádivas, como parte de la generosidad señorial. Los depósitos o colcas del Estado estaban repletos de productos tanto primarios (alimentos) como manufacturados (ropa, armas, joyas, vasijas, piezas de orfebrería, etc.). Cuan-



La ruta de los Conquistadores

do los españoles visitan por primera vez el palacio real de Atahualpa en Cajamarca, después de su apresamiento, describen maravillosas las riquezas que estaban destinadas al uso personal del inca y de los nobles que lo acompañaban.

Se hallaron muchas tiendas llenas de ropas nuevas, las cuales tenían para dar libreas a las gentes de su ejército, porque de ahí a pocos días estaba acordado de hacer su coronación y gran fiesta en ello (...) Halláronse innumerables bastimentos, así de carnes y cecinas como de aquellas ovejas, unas para carga y otras para comer, muchos pertrechos y armas. Todas estas cosas de tiendas y ropas de lana y algodón eran en tan gran cantidad que, a mi parecer, fuera menester muchos navíos en que cupieran, y así, como cosa tan abundante, se quedó allí, para que sus dueños lo recogiesen y pusiesen en cobro. El oro y plata y otras cosas de valor se recogió todo y se llevó a Caxamalca y se puso en poder del tesorero de Su Majestad. (Miguel de Estete [ca.1542] 1987, párrafo 14, pág. 293)

¿Cuál es la importancia de consignar estas características funcionales en relación con la problemática de la conquista? ¿Cuál es la relación entre esta estructura administrativa y económica y el control político de los señores locales y de sus sujetos? En general se tiende a desvincular la historia política del Tawantinsuyu de su estructura económica y administrativa, sin embargo, estas se articulan de tal manera que permiten por un lado probar la eficiencia de la organización estatal y por el otro comprender los conflictos que se suscitaban, aunque esto resulte una paradoja. Sería falso intentar identificar estas dos variables con momentos de estabilidad y de crisis. Como en toda sociedad medianamente organizada, ambas variables coexisten en difícil equilibrio. La misma historia de expansión de los cuzqueños nos ofrece algunas claves. Para consolidar la expansión se negoció la apropiación de tierras, y sobre todo, de la fuerza de trabajo de sus pobladores, a cambio de concluir la guerra y otorgar prebendas importantes a sus señores (dejando en sus cargos a los que no habían ofrecido gran resistencia o imponiendo otros nuevos a los contumaces). Las relaciones políticas, por lo tanto, consistían en juegos de alianzas, dones y contradones en permanente negociación y ritualización en los que se gastaban ingentes cantidades de alimentos y bebidas, se quemaban

tejidos en honor a las divinidades y se redistribuían bienes de prestigio. Ninguno de los gobernantes tuvo el poder asegurado a lo largo de todo el territorio del Tawantinsuyu y el ejercicio de la fuerza era el recurso obligado cuando el resto de las tácticas fracasaba. Lejos de ser un Estado con identidad consolidada, la estructura debía sostenerse mediante el ejercicio alternativo de la coerción y la negociación, en equilibrio inestable.

Existieron también otras fuentes de conflicto, internas al grupo hegemónico. Las reglas de sucesión de los gobernantes no eran fijas. Los cronistas y los historiadores europeos trataron de forzar la existencia de una normativa similar a la europea: que el varón primogénito era el heredero natural y que además éste debía ser el considerado legítimo, o sea hijo del gobernante difunto y de su esposa principal. Los rastros de las guerras fratricidas anteriores a la tan conocida guerra entre Atahualpa y Huáscar que se producía a la llegada de los españoles, y que sólo recientemente se están analizando desde nuevas perspectivas, muestran que la imagen europeizante de las sucesiones incaicas era errónea. Como lo muestra la guerra feroz que envolvía a dos postulantes al trono en 1532 y los "elegibles" que se presentaron después en el campamento de Pizarro, era imposible evitar la competencia.

Cuando Pizarro y su hueste exploraban las márgenes occidentales de este gran imperio, se estaba desarrollando una guerra feroz entre dos de los hijos de Wayna Cápac, el último inca que efectivamente ejerció el gobierno. Wayna Cápac, a quien las crónicas tempranas llamaban "el Cuzco Viejo", había muerto en Quito un tiempo antes, posiblemente víctima de las nuevas enfermedades europeas que se expandían desde el norte del continente a mayor velocidad y con más eficacia que los hombres. Los dos medio-hermanos, Atahualpa y Huáscar, se consideraban los elegidos por su padre para asumir el poder supremo. Atahualpa tenía su centro de poder en Quito y Pizarro lo encontró cuando avanzó con sus tropas hacia el Cuzco, la capital del Imperio, donde Huáscar había sido entronizado y controlaba la mayor parte del territorio, excepto

la sierra norte. En su marcha hacia el sur, Atahualpa fue reduciendo a los leales a Huáscar, al menos hasta la zona de Cajamarca, donde se producirá en encuentro con los invasores españoles.

Lo que ambos contrincantes estaban disputando era nada menos que el gobierno de un imperio que ejercía controles relativamente efectivos, aunque siempre negociados y oscilantes, sobre casi diez millones de sujetos que se distribuían en un millón de kilómetros cuadrados, como ya dijimos. El riesgo de Pizarro no consistía solamente en el notorio y totalmente absurdo desbalance de sus fuerzas para sostener una guerra de conquista, se trataba de intervenir en un Estado que estaba internamente mejor estructurado que el que había conquistado Hernán Cortés, y entretejido con fuertes lazos rituales y simbólicos que cimentaban las alianzas y las fidelidades, aunque no excluyera los conflictos. Este era un contexto situacional donde convergían variables históricas, simbólicas, políticas y económicas fuertemente consolidadas. Pero al mismo tiempo, y en particular hacia finales de la década de 1520 y comienzos de la siguiente, se estaba produciendo una de las fisuras que conmovían periódicamente al Tawantinsuyu en el momento de la sucesión de un gobernante y que también ofrecían oportunidades de rebelión a los que encontraban demasiado pesado el yugo del imperio. Fue precisamente a través de esas fisuras del sistema, y con el decidido apoyo de los descontentos, por donde Pizarro se deslizó hasta el corazón del Tawantinsuyu.

El comienzo del fin: el regicidio

Mientras los Andes se desangraban en esta guerra intestina, el 26 de julio de 1529, Francisco Pizarro firmaba en España la capitulación que le autorizaba a la conquista del Perú. Enviado como procurador de su sociedad con Almagro, Luque y Gaspar de Espinosa, Francisco logró impresionar al Consejo de Indias con sus relatos, la pintura que Pedro de Candia había hecho de la ciudad de Tumbes

y la presentación de los gallardos tallanes y de los extraños cuadrúpedos que los acompañaban. Los argumentos desplegados para obtener la capitulación sintetizan los valores y los intereses de los españoles. Ellos habían descubierto a "gente de razón", con ciudades, con señores, con comercio. Era un pueblo que había logrado organizar una estructura política jerarquizada, con sus autoridades y sus reglas. Y finalmente un sistema de intercambios, tan sofisticado que incluso usaban balsas para el intercambio marítimo y balanzas para pesar sus productos.

El rey invistió a Francisco Pizarro con los títulos de gobernador, adelantado y alguacil mayor con 725.000 maravedíes anuales de sueldo. A Diego de Almagro se le concedió la gobernación de la fortaleza de Tumbes, con 300.000 maravedíes de sueldo anuales y una declaración de hidalguía, y a Hernando de Luque el obispado de Tumbes con mil ducados al año y el título de protector de indios. La capitulación firmada por Francisco Pizarro no respetaba lo acordado con Diego de Almagro, que pretendía el adelantazgo. Si, como vimos, ya se habían producido algunos desacuerdos menores entre ambos, esta flagrante alteración del pacto y la concentración de los títulos y el poder en la figura de Pizarro sería el detonante de la severa competencia que tiempo después cubriría de sangre el suelo peruano.

Antes de emprender el camino hacia las Indias, Pizarro pasó por Trujillo, su ciudad natal, para reclutar su hueste. Entre los que lo acompañaron había parientes y, en particular, varios de sus hermanos (y medio hermanos), entre quienes se destacarían Hernando, Gonzalo y Juan. Al llegar a Tierrafirme y luego pasar a Panamá, don Francisco tuvo que hacer frente a la ira de Diego de Almagro, despedido por la falta de equivalencias en la distribución de cargos, poder y dinero. El padre Luque tuvo que actuar de intermediario para rehacer la compañía. Finalmente se le prometió a Almagro que le gestionarían una gobernación igual a la concedida a Pizarro, promesa que este último cumplió, aunque en la práctica distó de reconocer. La expedición dependía en gran medida de los aprovi-

sionamientos que estaban a cargo de Almagro, de modo que su participación resultaba imprescindible. Los acuerdos, sin embargo, fueron frágiles puesto que la desconfianza y las antipatías ya estaban totalmente instaladas y en el mediano plazo serían irreversibles.

Con un solo navío, al mando de Bartolomé Ruiz ostentando su nuevo título de piloto mayor del Mar del Sur, ciento ochenta hombres y treinta y siete caballos, Francisco Pizarro partió hacia el Perú el 20 de enero de 1531. Cristóbal de Mena debía seguirlo con otro navío a comienzos de febrero. Desembarcaron en la Bahía de San Mateo y siguieron por la costa a pie, acosados por las condiciones difícilísimas del ambiente húmedo y malsano, que les costó enfermedades y muertes. Un tiempo después los alcanzó Sebastián de Benalcázar que llegaba desde Nicaragua. Había enviado a Panamá un contingente de indígenas nicaragüenses para que le fueran remitidos a Pizarro y a cambio de su colaboración solicitó la autorización para participar en la aventura del Perú. Pidió cargos y mercedes para los hombres de su hueste, “generosamente” concedidas por Pizarro, que necesitaba de la colaboración de los recién llegados. La expedición siguió su camino, pasando por Mantas y la Península de Santa Elena, desde donde llegaron a la isla de Puná. A pesar de que al llegar fueron bien recibidos, al tiempo comprendieron que eran rehenes en un conflicto entre los tallanes (originarios de Tumbes) y los de Puná que respondían a rivalidades asociadas con la guerra de sucesión que enfrentaba por esos días a los incas Huáscar y Atahualpa. De estos inconvenientes los salvó Hernando de Soto que llegaba con los indios nicaragüenses y hombres de refresco. En abril de 1532, Pizarro y sus hombres abandonaban la isla rumbo a Tumbes, que encontraron destruidas por las tropas de Atahualpa en represalia por haber adoptado el partido de su rival.

La coyuntura de llegar en el momento de la guerra de sucesión, si bien más tarde favorecería enormemente los propósitos de Pizarro, no le ahorró inconvenientes en ese momento. Los tallanes planearon ahogarlos mientras los trasladaban en sus balsas hacia tierra firme. Aún con algunas pérdidas de vidas, los expedicionarios lo-

graron llegar hasta la ciudad de Tumbes, aunque la encontraron asolada y desierta. En mayo de 1532, la hueste partió rumbo al sur por la costa, siguiendo el camino del inca.

En Poechos hizo un alto de varios meses, fundando la primera ciudad española en el Perú, San Miguel de Tangará, sobre el río Chira, donde dejó una corta guarnición compuesta principalmente de los hombres más viejos y algunos enfermos. En septiembre partió hacia Piura, caminando en busca del Inca Atahualpa, de quien tenía ya muy amplias referencias sobre su poder y jerarquía. Éste también disponía de muchos informes sobre los cristianos, a los que ya no se consideraban dioses y, si bien por ser pocos no les temían en demasía, sus barcos, armas de fuego, espadas, manejo del hierro y los caballos, les advertían que podían ser enemigos de cuidado. Pizarro y Atahualpa se escudriñaban mutuamente, midiendo sus fuerzas y recursos, tanto técnicos como simbólicos y políticos. No fueron al encuentro con cándida ignorancia; por el contrario, disponían de suficiente información como para pergeñar algunas estrategias alternativas, o sea, sopesar las opciones que el futuro podría depararles.

Será interesante comentar aquí la situación en que se encontraban los rivales. Ya no desde lo personal, sino como líderes de dos civilizaciones diferentes. En eso Pizarro tenía una ventaja. Trece años atrás, Hernán Cortés había enfrentado un poderoso imperio y lo había ganado para la Corona de Castilla; ahora se sabía que no era una quimera desplazar de su trono a un emperador indiano y apropiarse de sus grandes Estados. Si Cortés lo había hecho, por qué no podría también hacerlo Pizarro y, además, cuanto más sabía sobre este gran señor de los Andes, más se convencía que debía tomarlo prisionero y derrotar a sus tropas. Pero Atahualpa tenía por cierto su propia ventaja. Por una parte disponía de una estructura administrativa mucho más centralizada que la de los mexicas, y si bien se encontraba inmerso en una guerra de sucesión contra Huáscar, su hermano y competidor, hasta el momento sus tropas no habían sido vencidas. Por cierto, una nube aparecía en su hori-

zonte de apetencias: esos extraños visitantes, a los que ya debía estar considerando como potenciales enemigos atento a los informes de los que disponía sobre sus armas y sobre los animales que resultaban más temibles que los hombres. Ambos contrincantes se espían mutuamente. Pizarro envió una embajada al mando de Hernando de Soto, que fue el primero que pudo evaluar, aunque parcialmente, las fuerzas de Atahualpa. Éste, a su vez, en varias ocasiones introdujo espías con hábitos de embajadores y alertó a los curacas de las poblaciones por las que pasaba la hueste para que lo mantuvieran informado.

Desde Piura los españoles continuaron su derrotero hacia el sur, siempre por tierra, encontrando amigos y enemigos de Atahualpa que les iban dando advertencias e informes verdaderos o engañosos sobre su "crueldad" y la magnitud de sus fuerzas. Así, los españoles continuaron su camino bajo el firme liderazgo de don Francisco, a veces confiando, a veces dudando, a veces con esperanzas de triunfo, otras con temor a terminar esas duras jornadas como ofrendas sacrificadas a los dioses andinos.

Finalmente, desde Saña, torciendo el rumbo hacia el sudoeste, comenzaron a remontar la sierra procurando alcanzar Cajamarca, donde el inca Atahualpa los esperaba en angustiada y precavida vigilia. En efecto, la ciudad de piedra, llena de palacios y depósitos, estaba desierta. Era la sede del gran curaca Cuismanco, señor de la zona. Atahualpa había ordenado desocuparla y esto alertó la aguda y constante desconfianza de Pizarro, quién con buen cálculo previó lo que podría ser una fatal encerrona. En unas alturas cercanas, el inca custodiaba la zona, rodeado de miles de guerreros, alojados en las tiendas que sembraban su real. La suspicacia de los españoles se convirtió en terror.

Una vez instalados en la ciudad, Pizarro envió a su hermano Hernando y a Hernando de Soto con una embajada para invitar al inca a visitarlo. Los relatos sobre esta entrevista son tan absurdos como llenos de detalles interesantes y algunos tal vez verosímiles. Al regresar contaron al gobernador

... el tirano estaba a la puerta del aposento sentado en un asiento bajo, y muchos indios delante dél y mujeres en pie, que cuasi lo rodeaban; y tenía en la frente una borla de lana que parecía seda de color de carmesí, de anchor de dos manos, asida de la cabeza con sus cordones, que le bajaba hasta los ojos, la cual le hacía mucho más grave de lo que él es. Los ojos puestos en tierra sin los alzar a mirar a ninguna... (Jerez [1534] 1987)

Atahualpa aceptó el convite de Pizarro y al día siguiente, con gran pompa, pero con una oculta estrategia de ataque en la que intervendrían los miles de indios que lo acompañaban, se dirigió lentamente hacia la ciudad.

El cual [Atabalipa] comenzó a salir de donde avía parado, alçado en breve tiempo las tiendas todas, trayendo la jente su horden y conçierto en sus esquadrones, armados muchos disimuladamente, como se ha escrito. Trayan grandes atanborës, muchas vozinas, con sus vandrass tendidas, que çierto hera hermosa cosa de ver tal junta de jente movida para tan poquitos. (Pedro Cieza de León [1553] 1987, *tercera parte*, capítulo XLV)

Detrás destos, en una litera muy rica, los cabos de los maderos cubiertos de plata, venía la persona de Atabalica, la cual traían ochenta señores, todos vestidos de una librea azul muy rica, y él vestido su persona muy ricamente, con su corona en la cabeza y al cuello un collar de esmeraldas, grande, y sentado, en la litera, en una silla muy pequeña, con un cojín muy rico. (Estete, [ca.1542] 1987, párrafo 14, pág. 195)

Según la anécdota, el primero que se acercó al inca fue fray Vicente de Valverde, con su oferta de conversión, airadamente rechazada por su interlocutor. Nadie sabrá nunca, posiblemente, cuánto de verdad y cuánto de imaginación hubo en esta supuesta "entrevista". Mientras tanto los españoles, ocultos en los grandes recintos estatales destinados originalmente a las tropas del inca, esperaban el posible ataque en pie de guerra. El relato de los cronistas sugiere

que los incas creyeron que los españoles se habían ocultado por temor. El desafío a la solicitud de Valverde fue la señal de ataque. Al grito de ¡Santiago! los españoles arremetieron contra el séquito imperial, que ocupaba el centro de la plaza, con tiros del falconete y sus endemoniados caballos que arrasaban a cuantos encontraban a su paso. A los indios les fue imposible reaccionar ante la violencia y lo inesperado del ataque. El resultado no fue un combate sino una verdadera masacre perpetrada por los españoles ese fatídico 16 de noviembre de 1532. Atahualpa quedó prisionero, aunque momentáneamente agasajado por sus vencedores.

Al poco tiempo comenzaron las negociaciones. El inca ofreció llenar varios cuartos con vasijas de oro y plata a cambio de su libertad. Así fue convenido y en enero de 1533, una caravana de indios y españoles al mando de Hernando Pizarro se encaminaba hacia Pachacamac para saquear el famoso oratorio de la costa central. Otro grupo, amparado por el momento por Quisquis, general de Atahualpa, alcanzó el Cuzco y se dedicó a extraer el oro del Coricancha (el templo del sol) y a apoderarse de cuantos otros tesoros a los que los indígenas les permitieron el acceso. Otros curacas, respondiendo al llamado del soberano, llegaban también a Cajamarca aportando su cuota de bienes preciosos para completar el rescate.

Entre tanto, el conflicto por la sucesión de Wayna Cápac no había cedido. Las tropas quiteñas de Atahualpa entraron al Cuzco, capturaron a Huáscar y mataron a todos sus parientes adultos. Sin embargo esto no fue suficiente para desarmar a todos sus aliados y el triunfo de Atahualpa no estaba asegurado. Por eso, el regio prisionero de los españoles ordenó ejecutar a su medio hermano aunque ignoraba que otros hijos de Wayna Cápac podían aparecer reclamando similares derechos a lucir la *mascapaycha*,⁴ buscando el apoyo de las mencionadas fuerzas leales a los nobles cuzqueños.

⁴ La mascapaycha era una borla que pendía sobre la frente del inca como símbolo de su poder real. Se la considera equivalente a las coronas de los reyes europeos.

Hacia las Pascuas, llegaba al campamento Diego de Almagro al mando de 150 hombres y buen número de caballos. Los meses pasaban y la tropa se inquietaba con rumores de alzamiento general. Francisco Pizarro ordenó que fundiesen el oro y la plata y destinó a su hermano Hernando para que llevase a España el quinto que le correspondía al rey. Las naves que habían traído a Almagro esperaban en la costa, listas para zarpar. Habían pasado casi siete meses desde la noche de la masacre y de la captura de Atahualpa. El gobernador procedió a repartir entre los participantes y de acuerdo a sus jerarquías y méritos, el resto del fabuloso botín. A Almagro y su gente sólo se les concedió una retribución simbólica porque no habían participado de la captura del soberano. Este fue un nuevo motivo de recelo y resentimiento entre los antiguos socios, que sólo podían aspirar a recompensas similares en las futuras conquistas.

Mientras tanto, las tropas de Atahualpa cercaban Cajamarca. El terror cundía entre los invasores. Francisco Pizarro intentó vanamente calmarlos y demorar la solicitada ejecución de Atahualpa. Finalmente accedió a la presión de sus consejeros. El 26 de julio de 1533 el soberano de los incas sufrió la pena de garrote. Paradójicamente, sus despojos fueron sepultados con la solemnidad que correspondía a un rey.

Muchos otros oficiales reales de las altas jerarquías fueron ejecutados y repartidas las mujeres del inca y del resto de los combatientes. Pizarro convivió con dos medias hermanas de Atahualpa, Inés y Angelina con quienes tuvo varios hijos, y los restantes españoles dieron rienda suelta a su concupiscencia con las mujeres que acompañaban las tropas imperiales. Las mujeres fueron parte del inmenso botín obtenido en Cajamarca.

Apropiándose del ombligo del mundo: el Cuzco

El temor de un ataque de las tropas quiteñas no se disipaba, pero éstas no aparecían. Sin noticias claras sobre el destino de Atahual-

pa, soportando la hostilidad de las poblaciones adictas a Huáscar y la prisión de uno de los jefes quiteños más importantes, el general Calcuchímac, a quien habían torturado para que entregase el oro que supuestamente habría robado a Huáscar, es probable que el ejército del ejecutado soberano estuviera dispersándose y regresando a su tierra. De allí que los espías veían las tropas, pero éstas no estaban en condiciones de atacar. Mientras tanto en Cajamarca, unas semanas antes de la ejecución de Atahualpa, había aparecido otro hermano de Huáscar, llamado Túpac Huallpa. Una vez ejecutado Atahualpa, Pizarro decidió que era necesario coronarlo como inca, ya que no podía continuar su conquista sin contar con un gobernante nativo adicto.

El 11 de agosto de 1533, Francisco Pizarro y su hueste compuesta de españoles, indios nicaragüenses esclavizados, esclavos negros, e indios de la región, partió de Cajamarca rumbo al Cuzco. En el camino fue concitando el apoyo de las numerosas poblaciones de la sierra, en general leales a Huáscar, que veían la intervención de estos extrajeros como providencial para sus intereses. Aceptaban otorgar vasallaje a Túpac Huallpa y obedecer a los españoles. De todas maneras, no faltaron incidentes. Al llegar a Jauja, los esperaban tropas quiteñas que lograron desbaratar con gran esfuerzo gracias al apoyo que les brindaron los wancas, nativos de ese valle, que vieron en los españoles la oportunidad de liberarse del dominio del Cuzco y que, a partir de ese momento, serían sus fieles aliados (Espinoza Soriano 1981).

Pero un inesperado suceso conmovió a los invasores: Túpac Huallpa murió, posiblemente envenenado por Calcuchímac, que acompañaba la expedición en calidad de prisionero. Pizarro, sin acusarlo directamente, porque necesitaba utilizarlo en pos de su proyecto, le prometió secretamente que coronaría a un hermano de Atahualpa que estaba en Quito, pero en tanto éste llegase, debía lograr que las tropas quiteñas que continuaban combatiendo al mando de otro de los generales del inca asesinado, llamado Quisquis, y que estaban asolando a los poblados fieles a Huáscar, aban-

donaran sus propósitos de atacar a los españoles. Pizarro dejó en Jauja algunos voluntarios que guardarían el botín que acarreaban desde Cajamarca y con el resto continuó su derrotero hacia el sur. El viaje fue difícil, las tropas de Quisquis asediaban por todos lados, alertados por los informes que Calcuchímac les enviaba secretamente. Se produjeron algunos combates y perdieron algunos hombres. Llegando a Jaquijahuana, se presentó en el campamento otro hermano de Huáscar, Manco Inca Yupanqui, que buscaba la alianza con los españoles para consolidarse en el poder en vista de la acefalía del Tawantinsuyu. Los necesitaba para derrotar a las fuerzas de Quito y así lo hizo saber en su discurso de presentación. La actitud de Manco era una estrategia y no una muestra de reconocimiento de una autoridad superior a él. Las panacas afines a Huáscar no podían perder el poder en manos de los generales de su medio hermano Atahualpa a quien no le reconocía derechos a la sucesión. No dudaba de su propia capacidad para contener a los extranjeros de ultramar, pero por el momento necesitaba de la ayuda de ellos, de su tecnología y de sus caballos para expulsar a sus enemigos locales. Partieron inmediatamente para el Cuzco, debiendo sortear todavía alguna resistencia en el tramo final. El 14 de noviembre de 1533, Manco Inca entraba triunfalmente en la ciudad del Cuzco, escoltado por Francisco Pizarro y los suyos. Es muy probable que sin Manco, Pizarro nunca hubiese podido conquistar el Cuzco.

Mientras Francisco Pizarro tomaba posesión de la ciudad y se apropiaba de los mejores palacios para su residencia y la de sus capitanes más importantes, el resto de la tropa se dedicó al saqueo, sin importarles profanar los recintos sagrados. El botín obtenido en el Cuzco fue tanto o más importante que el de Cajamarca y en esta ocasión, Diego de Almagro y su gente pudieron participar del reparto.

Un tiempo después, en solemne ceremonia, Manco recibía la borla real, la mascapaycha, de manos de Francisco Pizarro, aceptando simultánea y momentáneamente según sus cálculos, la su-

premacía de Castilla. Nada permitía suponer hasta el momento que el imperio de los incas había sido destruido. Por el contrario, ya que el conflicto de sucesión parecía resolverse en favor de Manco y a pesar de los focos de insurrección que persistían, todo indicaba que se podría restablecer el antiguo equilibrio. Los nuevos aliados no dejaban de ser incómodos, pero no se los juzgaba imbatibles.

Varios meses después, el 23 de marzo de 1534, Francisco Pizarro fundaba la ciudad española del Cuzco, con los solemnes rituales acostumbrados. También organizaba el cabildo español de la ciudad. Ochenta conquistadores recibieron la calidad de vecinos y podían elegir y ser elegidos en ese cabildo. El gobernador promulgó algunas ordenanzas y efectuó los primeros repartos de indios y de tierras "vacantes", o sea abandonadas por sus antiguos ocupantes a causa de las matanzas indiscriminadas de la guerra de sucesión. La alianza con Manco todavía continuaba, aparentemente sin grandes problemas. Éste alistó 20.000 guerreros para enfrentar, con ayuda española capitaneada por Diego de Almagro, a los últimos restos de las tropas quiteñas de Quisquis y de esa forma consiguió derrotarlos y expulsarlos hacia el norte.

Manco necesitaba esta legitimación para encarar sus dos frentes de conflicto. Por un lado, consolidarse como único soberano inca y liquidar definitivamente a las tropas quiteñas y cualquier síntoma de disputa en ese plano. Por el otro confirmar su legitimidad frente a otros parientes que se consideraban con iguales o mayores derechos que él y aspiraban a suceder a Wayna Cápac. Este frente interno provocó fisuras en las lealtades y como se podrá apreciar, tuvo graves consecuencias para la unidad de la causa incaica.

En tanto, había llegado la noticia de que las naves de Pedro Alvarado, gobernador de Guatemala, recorrían la costa buscando donde asentarse y mostrando claras intenciones de tomar para sí una parte de este fabuloso territorio. Alvarado llegaba precedido de una fama de cruel conquistador y podía ser un serio obstáculo para el éxito de la empresa pizarrista. Rápidamente, don Francisco en-

vió a Diego de Almagro para interceptarlo, pero éste se encontró con que aquél ya había partido en busca de Quito, aunque sin saber que se le había adelantado el capitán Sebastián de Benalcázar, quien había quedado como teniente en la ciudad de San Miguel y que intentaba esa nueva conquista sin autorización de Pizarro. La expedición de Benalcázar a Quito debió enfrentar la guerra más dura de cuantas tuvieron los españoles en la conquista de los Andes. Los capitanes de Atahualpa, Quizquiz, Rumiñavi y Zope-Zopahua los atacaron en varios puntos del camino. Los españoles contaron con la ayuda de los nativos cañaris, que de esa forma ven- gaban las crueldades cometidas por el inca Topa Yupanqui en la época de la expansión del imperio. Nunca perdonaron ni las matanzas, ni las desnaturalizaciones de las que fueron víctimas, y apoyaron a los europeos, tanto los que habían quedado en Ecuador como los trasladados a los alrededores del Cuzco.

Diego de Almagro, que perseguía a ambos, logró alcanzar a las fuerzas de Alvarado. Estuvieron a punto de entablar un combate abierto, pero comprendiendo que una guerra entre ellos los dejaría a merced de los capitanes indígenas, optaron por iniciar negociaciones. Finalmente, por 100.000 pesos oro, Alvarado le entregó a Almagro hombres, armas y caballos y ambos se dirigieron juntos a Pachacamac, el célebre oratorio de la costa donde los esperaba el gobernador Francisco Pizarro.

Mientras estos negocios tenían lugar en el norte, Pizarro se ocupaba de fundar, el 18 de enero de 1535, la ciudad de Los Reyes, hoy ciudad de Lima. Ciudad netamente española, ubicada frente al mar, sobre los 12 grados de latitud sur, sería la puerta de entrada del nuevo reino de la Corona de Castilla. El triángulo se había completado: en el sur el Cuzco, cuyo prestigio de antigua capital del imperio inca Pizarro no quería compartir, Jauja como intermedia- ria y vigía en el corazón de la sierra (aunque quedó parcialmente despoblada por las dificultades de comunicación) y la ciudad de Los Reyes en la costa, que respondiendo a la nueva lógica de organización del espacio, se constituía en la cabecera del nuevo reino y

en el enlace obligado con ultramar. Pizarro había agregado una nueva piedra preciosa a la Corona de Castilla.

A modo de síntesis

Hasta aquí hemos acompañado el largo recorrido de los conquistadores del Perú, desde sus exploraciones iniciales hasta la instalación en el Cuzco y la fundación de la ciudad de Los Reyes. Por un lado se ha reconocido el esfuerzo y la valentía de los españoles en la penosa ruta del descubrimiento y la conquista de uno de los imperios más organizados del mundo precapitalista. Por el otro se han develado los primeros síntomas de los efectos que esa aventura produjo en la sensibilidad de los hombres. Las penurias los endurecieron al extremo de hacerles olvidar, con demasiada frecuencia, los códigos más elementales del honor y de la caridad cristiana que estuvieron acompañados por profundas disidencias internas, provocadas por una codicia voraz.

2

Manco Inca, los Pizarro y los Almagro

Las disputas por el poder

Acudieron luego los de Almagro y Gonçalo Piçarro por su parte, y pelearon todos como españoles, bravísimamente, más vencieron los Piçarros y usaron cruelmente de la victoria....

(GARCILASO DE LA VEGA,
sobre la batalla de Las Salinas)

El “extrañamiento” ante el extrañamiento

En el capítulo anterior ya señalamos que el Nuevo Mundo fue un laboratorio donde se experimentaron nuevas formas de conducta, y se resignificaron otras. El título de este acápite no es un simple juego de palabras. Alejarse del hogar y de la tierra natal siempre implica alguna forma de extrañamiento. El que migra es un extranjero que vivirá entre “otros” a quienes a su vez considera extranjeros. El inmigrante es un extraño para “sus” extraños. Ambos participantes del encuentro tienen que conocerse, ambos deben hacer un esfuerzo de comunicación, deben tratar de conocer las reglas que organizan sus respectivas sociedades. En la situación de desequilibrio que produce una guerra de conquista, no es suficiente que el invasor trate de imponer sus propias reglas, porque siempre encontrará resistencia, ya sea activa o pasiva. Y es esa resistencia la que provocará, a su vez, cambios en la conducta del conquistador. En las primeras épocas debe luchar contra un extraño cuyo poder y cuyas reglas desconoce. Como vimos, la hueste de Pizarro debió vencer miles de dificultades y fue víctima de no pocos infortunios que llegaron de la mano de la naturaleza y de la de los hombres. Pero la quimera de lograr la conquista pudo superarlos y como esta-

6 El siglo XVII

Gaspar de Salcedo llegó a campear con mil hombres en forma de escuadrón con banderas tendidas por las tierras de Su Magestad.¹

Perfil general del siglo XVII

El período que nos ocupa ha sido calificado como “el maduro siglo XVII”, porque encierra en su seno todos los síntomas del desarrollo de la colonización, pero también todos los de su disolución. En el siglo XVII estaban presentes la totalidad de los actores sociales que caracterizaron la colonia y las relaciones que se entablaron entre ellos reflejan un amplio abanico de situaciones que van desde las más cerradas lealtades y alianzas hasta los conflictos abiertos y envueltos en la más cruda violencia. Conflictos, en sus diversas versiones, que anunciaban que el caldo de la emancipación estaba presente desde el siglo XVI en el Perú, y que en el XVII encontró formas tal vez menos directas, pero no por eso menos significativas que reflejan el descontento por la coerción colonial y no sólo entre los indígenas, sino también entre la compleja masa de europeos de distinto origen regional, los criollos y los mestizos.

¿Cuál es la sociedad que encontramos después de que se han desactivado, pero no anulado, las aspiraciones de instalar en los Andes un gobierno autónomo? ¿En qué condiciones se va consolidando la colonización? ¿Cuáles son los obstáculos que se deben superar constantemente?

¹ Archivo General de Indias, Lima 67. 1668. El virrey conde de Lemos da cuenta a Su Magestad del Estado que se halló el Reyno del Perú.

El panorama de la población indígena puede ser clasificado como de multiétnicidad, multilingüismo y multiculturalismo. De tal forma que obligan a múltiples adaptaciones tanto en el espacio como en el tiempo. No sólo deben considerarse las adaptaciones iniciales, sino las sucesivas que deberán implementarse a medida que las estrategias indígenas encuentran formas viables de burlar la legislación y los controles burocráticos. La tensión entre la coerción española y las estrategias no cesó en ningún momento, alternando entre períodos de relativa estabilidad y períodos críticos.

La república de españoles imaginada por Toledo no parece haber contemplado las diferencias internas en este estrato social. Por lo menos no con la variedad de escalones que se fueron abriendo a lo largo del tiempo y los problemas de control que esto acarrea, como ya se describió en los capítulos anteriores. Vimos también que las autoridades no dejaron de preocuparse por ese tema. Y aunque tal debate parecía agotado a fines del siglo XVI, se renueva en el XVII, utilizando en parte los mismos argumentos, como lo hacen el jesuita Francisco López de Caravantes o Juan de Aponte y Figueroa para quien "los encomenderos criollos eran, de acuerdo con Aponte, políticamente objetables y además no estarían dispuestos a compartir sus indios y sus servicios" (Glave 1998: 64). La migración continua fue creando diferencias y mecanismos de inclusión y exclusión que provocaba enormes diferencias entre el estamento de origen europeo. Los nuevos inmigrantes debían buscar un lugar en el espectro colonial. Lockhart (1990) ha descrito con gran maestría estos mecanismos de incorporación, ascenso y descenso al interior de los grupos familiares o de clientela social y económica. Se debe considerar, por lo tanto, la proximidad del parentesco, las condiciones familiares y para el caso de las sucesivas oleadas de inmigrantes las oportunidades existentes al momento del arribo, las coyunturas políticas y, sin duda, la capacidad de los individuos para introducirse en las redes económico-sociales; o para iniciar nuevas aventuras de conquista, cuando los espacios disponibles no se correspondían con sus aspiraciones y expectativas.

No pueden dejarse de lado, tampoco, las estrategias matrimoniales, en particular de los ricos encomenderos y propietarios de minas. "Sostener que el matrimonio era otra de las empresas a concretar por el encomendero, implica considerarlo dentro de sus estrategias de acrecentamiento patrimonial" dice Ana María Presta (2000: 35-37) y agrega que esas estrategias muestran "la mutua influencia entre el sistema familiar y el modelo económico-social". De esa forma se establecieron los "núcleos duros", o sea de las grandes familias con grandes patrimonios. En torno a ellos flotaba una masa de clientes, adscritos y parentela cuyo prestigio se iba difuminando a medida que se alejaban del eje del grupo visualizado en el patriarca fundador.

Ya vimos que las clientelas se organizaban sobre la base de los "vagabundos" que se convertían en "soldados" cuando sus protectores se transformaban en líderes de las rebeliones. Desde esa perspectiva, era muy alto el potencial subversivo de ese ambiguo grupo de gente. Como lo señalaba el virrey príncipe de Esquilache a principios del siglo, estos individuos podían entablar alianzas peligrosas con los nobles incas y provocar sediciones. Las alianzas "espurias" como las he calificado, fueron siempre consideradas como extremadamente perniciosas para la salud política de los reinos de ultramar. Poco antes, en 1601, el virrey Luis de Velasco había llamado a esos vagabundos "gente ociosa y perdida que hay y viene cada año en las flotas deste Reino" (Glave 1998:27).

El primer resultado del "encuentro" de españoles y naturales culmina en la aparición del mestizo. Hay escasa legislación para ellos. Tan sólo algunos intentos de limitarles los espacios sociales en los que pueden circular. Pero la variedad de situaciones en las que nacen y viven estos mestizos hace casi imposible fijarlos en un espacio acotado uniforme. El proceso de mestizaje no se detuvo nunca y la condición social del mestizo siguió dependiendo del espacio que su padre le otorgase. Si los hijos quedaban viviendo en las comunidades de sus madres podían ser considerados incluso tributarios, o sea que eran asimilados al origen materno. Si las unio-

nes se realizaban entre hidalgos o encomenderos con mujeres del servicio doméstico, el lugar que se reservaba al hijo dependía del afecto que el padre sintiera por él (Boixadós 1998) o de la situación general en la que se encontraba el padre en el seno de su familia legítima. Cada caso tenía una resolución particular y cuando había varios hijos mestizos cada uno de ellos podía estar sujeto a un destino diferente. En una posición intermedia se encontraban los mestizos producto de uniones de españoles pobres o de condición subalterna. Estas situaciones fueron más frecuentes en el medio urbano y los hijos de estas uniones tendrían espacios en los servicios, el comercio y las artesanías, conviviendo con negros y mulattos que también abundaban en las ciudades coloniales (Poloni-Simard 1997; 1999).

Como sabemos, los criollos eran los hijos de españoles nacidos en las colonias. Aunque se consideraron españoles de pleno derecho debieron soportar, con demasiada frecuencia, que se obstaculizaran sus aspiraciones de participar en los puestos más altos de las jerarquías estatales. La mayoría de los criollos jamás viajaron a la península y fueron construyendo un conjunto de representaciones sociales y políticas hechas a la medida de sus vidas cotidianas en estos reinos de ultramar (Lavallo 1993). Sus intereses estaban aquí, las comunicaciones con España eran difíciles y terriblemente lentas y por lo tanto estos eran los espacios efectivos en los que se tomaban las decisiones. Las realidades cotidianas y los intereses personales y familiares se priorizaron frente al interés general. Y si bien el criollismo fue tomando mayor cuerpo a lo largo del tiempo, las nuevas oleadas de inmigrantes renovaban también los vínculos simbólicos con la metrópolis, impidiendo un desgajamiento prematuro.

El trasfondo de los conflictos

Como ya lo he subrayado anteriormente, tanto la multiétnicidad general, las diferentes historias de vida, la superposición de legisla-

ción, como la distancia con la metrópolis y la feroz competencia por los recursos formaban los ingredientes de un espeso caldo que hacía crisis de vez en cuando. Por lo tanto, si bien se considera que el siglo XVII fue testigo de la consolidación del sistema colonial, lo fue sólo en el hecho de que las rebeliones armadas dieron paso a las prácticas corruptas. Pero la rebelión subyacía en la constante burla a los principios generales del gobierno y a sus leyes y ordenanzas.

La corrupción se fue instalando hasta convertirse en un problema estructural. La falta de controles burocráticos y legales eficientes y la morosidad en la aplicación de las normas morales en relación con estas prácticas por parte de la Iglesia en su conjunto, incluyendo a la mayoría de las órdenes religiosas, permitió que la corrupción permeara todos los estamentos sociales y la mayor parte de las acciones de los habitantes del territorio que ejerció algún tipo de poder político, económico o social. Muchas de las causas para esta situación provienen de la superposición de funciones de las autoridades y de la multiplicación de instancias burocráticas y jurídicas que intervienen en la toma de decisiones y en el control sobre los recursos y mano de obra.

Mi hipótesis es que la heterogeneidad de una sociedad compuesta por tantos segmentos étnicos y tantas historias de vida, a los que se suman las diferencias regionales y los intereses cruzados de sectores y de individuos, es un factor esencial para entender este clima de permanente inestabilidad y conflicto que distingue al virreinato del Perú. Fue muy difícil para esta sociedad construir una identidad colectiva que superara las fisuras internas, aún si se dejaba de lado a los indígenas.

Por otra parte, la legislación española garantizaba, aunque alterada, los principios básicos de las estructuras comunitarias indígenas. Esto permitía a los curacas ejercer un cierto control sobre sus sujetos, al ser los encargados de cobrar los tributos y convocar las levadas para las mitas. Los curacas, como veremos, en muchas ocasiones rechazaron los convites de mestizos y de criollos para sumarse a motines y rebeliones, porque temían perder poder.

Los conflictos en el siglo XVII

Durante el siglo XVII se producen distintos tipos de conflictos que merecen ser identificados y agrupados por similitud. De todas maneras, la similitud no significa que no hayan existido diferencias en la forma y en el contenido de las reivindicaciones. Hay distintos tipos de causas, de reclamos y de actores.

Las sediciones armadas

Movimientos indígenas

Los indios consideraban que los abusos de las autoridades, de los encomenderos y en general de los agentes coloniales, vulneraban constantemente sus derechos y extremaban las condiciones de opresión a las que eran sometidos. Se defendían con un sinnúmero de estrategias, ya sea con sus conocidas migraciones, creando la categoría de "forasteros" para escapar de las mitas (Saignes 1987); explotando ilegalmente el mineral de las minas (Tandeter 1992); incorporándose de diversas maneras al mercado; recurriendo a la justicia; escribiendo como Guamán Poma una carta de 500 páginas al rey. Pero estas estrategias no siempre resultaron suficientes y al descontento de los indios se comenzaron a sumar los de otros componentes étnico-sociales que buscaban un lugar en la sociedad.

Es de lamentar que no existan estudios más detallados sobre estas conspiraciones y el contexto preciso en el que se desarrollan. Los pocos datos aportados por Thierry Saignes para el actual territorio boliviano no permiten calcular la magnitud real y la firmeza de las alianzas, ni el total o parcial compromiso de los indios. Una primera impresión conduce a suponer que la situación era todavía demasiado inmadura para que tuvieran éxito. Tal vez los líderes e inspiradores de las sediciones carecían de suficiente poder y capacidad para organizarlas.

En 1613 se produjo la primera conspiración con amplia base regional. La sublevación organizó una red de alianzas en las que deberían intervenir grupos de tierras bajas y de tierras altas. Todas las ciudades deberían ser atacadas simultáneamente el día de Corpus Christi (Saignes, 1985). Empero, esta conspiración logró desbaratarse y el corregidor de La Paz ordenó guardar silencio sobre todo este asunto. Es probable que la convocatoria a indígenas de tan diferentes estructuras de poder y con un objetivo tan ambicioso haya hecho imposible que se concretaran, al menos algunas de las acciones preliminares.

En 1623, un alzamiento indígena en Songo (un pueblo de cultivadores de coca en las yungas de La Paz) avanza un tanto en cuanto a la organización de los indígenas. Exasperados por los abusos a los que eran sometidos mataron al corregidor y a varios españoles y mestizos. En este caso, también se hicieron alianzas con pueblos del altiplano, como los lupacas de Chucuito y "otros comarcanos" (Saignes 1985: 431). La estrategia era similar a la de la conspiración de diez años antes: matar a los españoles y luego refugiarse en la selva. Los preparativos de la rebelión y la actitud disidente se prolongaron por un año. Los sublevados prepararon cuevas en los alrededores de La Paz para esconderse y almacenar provisiones y armas. En particular los del Collao debían atrincherarse en un antiguo fuerte en Tiwanaku. Tres curas franciscanos sirvieron de enlace y consiguieron desarmar la conspiración, que de todas maneras culminó con la ejecución de seis caciques, incluido el líder Gabriel Huaynaquile (Saignes 1985: 437).

En la zona de La Paz la inquietud se renovó en 1644. Se repitieron las mismas consignas —matar a los españoles y huir— y las mismas alianzas interétnicas, aunque en este caso llegaron a la acción armada matando a un representante del corregidor. Empero, en esta ocasión el propio cacique logró apaciguarlos.

Los indios de Ochusuma y Iruito (grupos del tronco uru; pescadores del lago Titicaca, que a diferencia de otros urus no estaban aymarizados) iniciaron acciones de bandolerismo organizado. En-

tre 1632-33 atacaron varios poblados aymaras, incluso la iglesia de San Andrés de Machaca, donde maltrataron imágenes de la Virgen y del Niño Jesús (Calancha y Torres [1639] 1972; Wachtel 1990:378). Afirmaban que ellos no eran cristianos y que no obedecerían al rey. En un primer intento de represión fueron ejecutados varios de ellos, incluso su jefe. Pero esto no los amilanó. Nombrron enseguida su reemplazante, recapturaron las cabezas de los ejecutados y reiniciaron los ataques. Los mismos aymaras intentaron reducirlos, apoyados en una ocasión por Juan Recio de León, que comandó 100 balsas de totora aportadas por los aymaras y que entró "a fuego y pólvora, quemando las islas y reduciendo a los rebeldes que no bajaban de 300" (Glave 1998:95), aunque estos éxitos parciales no anulaban la capacidad de estos uros de organizarse en otras zonas. En un momento los ochosumas buscaron una alianza con otros grupos urus del Titicaca y del Desaguadero e incluso los del lago Poopó. Los ataques a poblados indígenas y el bandolerismo rural se prolongaron hasta finales del siglo XVII.

Este caso muestra algunas aristas diferentes. El bandolerismo es la forma menos orgánica de rebelión pues responde a objetivos más inmediatos, menos utópicos. Como se señala en el libro editado por Carlos Aguirre y Charles Walker (1990), el bandolerismo ha sido interpretado desde diversas versiones teóricas. La más difundida, siguiendo las propuestas de Eric Hobsbawn, interpreta que estos movimientos o acciones criminales responden directamente a problemas sociales y de clases; es lo que se ha llamado el bandolerismo social. Otra vertiente prefiere explicarlos como delitos comunes de los marginados de la distribución de la riqueza.

En el centro del Perú se produjeron también diversas rebeliones, algunas tempranamente abortadas. En abril de 1663, cerca de diez mil indios atacaron el pueblo de San Juan de Churín (al noroeste de Lima) y lo incendiaron, reduciéndolo "prácticamente a cenizas" (Pereyra Plasencia 1984-1985). Los indios estaban obligados a servir en un antiguo obraje textil, cumpliendo mitas rotativas. Debido a diversas causas —caída demográfica muy pronunciada,

abusos de los capataces, explotación excesiva de la mano de obra y probablemente apropiación de tierras comunales por parte del obraje— los indios del pueblo Churín se habían negado a servir en el obraje desde hacía casi un año. El virrey conde de Santisteban (1661-1666) envió un sargento mayor para que tratase de convencer a los indios que regresaran a sus tareas. Pero ellos no sólo no acataron la orden, sino que atacaron a los enviados y los maltrataron y pocos días después se arrojaron sobre Churín, con el cuerpo cubierto de pinturas de guerra, cabelleras postizas, gritando "guerra, guerra", y echando a los españoles "de nuestra tierra que esta tierra es de nuestro rey inga".

Después de estos sucesos, se sucedieron diversas tratativas diplomáticas y nuevos encuentros bélicos. Pese a todo, los indios siguieron sin cumplir sus mitas en el obraje y el virrey tuvo que enviar un nuevo representante para que los convenciera y concluyera la pacificación. El emisario tenía órdenes secretas de reprimir con dureza. Mediante el juego entre la amenaza y el paternalismo, el enviado Domingo de Carrera (que había comandado la represión militar en la fase anterior) consiguió ponerle fin a la desobediencia de los indios.

Esta rebelión, dice Pereyra Plasencia, tiene componentes mesiánicos que se expresan en la recuperación de la idea del inca, y de la tradición religiosa. Churín era una zona donde las campañas de extirpación de idolatrías habían descubierto la perduración de los cultos indígenas, que se manifestaban en la posición de diversos ídolos y la momia de un antiguo ancestro, además de prácticas de hechicerías y otras formas de heterodoxia (Duviols 1986). El temor de que esta rebelión tuviese conexiones con otras zonas vecinas no pudo ser confirmado, pero de hecho, en la zona existía un fuerte caldo de cultivo para fomentar este tipo de sublevaciones y profundos descontentos.

En los últimos meses de 1666 se recibía la denuncia de que se preparaba una gran conjuración de los curacas de Lima, unidos a otros de las sierras vecinas y del sur del Perú. La denuncia provenía

del gobernador de los indios de la provincia de Cajamarca llamado Diego Lobo (Lohmann Villena 1946: 89), e informaba que "... los de la capital debían alzarse en víspera de Reyes". Se decía que "dentro de pocos días se avían de acabar todos los españoles y avían de quedar solos los yndios porque los avían de matar a todos..."² Una vez más, en el siglo XVII, un movimiento indígena se sustentaba en el retorno del inca y en pos de ese objetivo los curacas comenzaron a organizarse colectivamente en una actitud ya no reivindicativa sino revolucionaria, puesto que pensaban incendiar Lima, "soltar el agua de la acequia grande de Santa Clara" (Mugaburu 1936: 83) y masacrar a los españoles. El líder del movimiento fue Gabriel Manco Cápac. La noche del 31 de diciembre se tuvieron noticias de una concentración de 3000 indios en la sierra y se envió un destacamento de 300 hombres a desbaratarlos. Se decía que preparaban el ataque para la víspera de Reyes, pero no pudieron localizar a los conjurados. Manco Cápac huyó a Jauja donde continuó estableciendo alianzas con los de las provincias de Yauyos y Huarochirí para proseguir la rebelión, preparada para atacar lugares habitados por españoles el día 2 de marzo de 1667. (Lohmann Villena 1946: 91; Pease 1981: 43). Este movimiento alertó a las autoridades que al año siguiente iniciaron una averiguación sobre su extensión y características, aunque pronto comprobarían que la organización era tan sólo incipiente, dado que sólo pudieron encontrar tres hondas en manos de los supuestos conjurados (Lohmann Villena 1946: 91).

Los curacas fueron ahorcados el día 21 de enero de 1667; se les cortaron las cabezas y sus cuerpos fueron hechos cuartos. El resto de los complotados fue enviado a galeras. Incluso pudieron producirse remezones en Cuenca,³ y en Quito donde hubo disturbios

² Archivo del Concejo Municipal, Huancavelica, Expedientes Coloniales, siglo XVII, 1, f.1r. Pease 1982: 61 y nota 1.

³ En Juan Chacón, 1990 pág. 307 (citado por Nicanor Domínguez, 1998 (ms.).

provocados por el corregidor don Alonso de Arenas y Florencia Inga.⁴

Diez años después, en 1675, durante el gobierno del virrey conde de Castellar, se produjo una conspiración liderada por un mestizo o indio desadcripto llamado Juan Bautista, tumbesino y de profesión marinero. El proyecto consistía en levantar simultáneamente varios distritos de la ciudad de Lima con el auxilio de los indios. El objetivo era capturar al virrey y apoderarse del quinto real que estaba a punto de ser enviado a España. Los conjurados fueron descubiertos y ahorcados. El virrey temía que de tener éxito la rebelión, también los esclavos, numerosos en la ciudad, podrían haberse levantado.

Las rebeliones en Chile y Tucumán

En los distritos meridionales del sector andino del virreinato, la situación era aún más grave. Después del desastre de Curalaba en 1589 y la muerte del gobernador García de Loyola, la resistencia de los araucanos impuso una frontera en el Bío-Bío que por decenios los españoles no pudieron traspasar. El gobernador Alonso de Ribera (1601-1605 y 1612-1615) comprendió que las milicias formadas por vecinos y soldados resultaban ineficientes para sostener una guerra crónica como la que debían soportar. Esta guerra privada, como la llama Alvaro Jara (1961), siempre había contado con ayuda extra provista por las autoridades virreynales que nunca perdían de vista la importancia del Estrecho de Magallanes, tan apetecido por otras coronas europeas rivales de España. Sin embargo,

⁴ Estudiado por Kathleen Klumpp, 1974. Nicanor Domínguez (1998) ms., cita también un trabajo más reciente de Carlos Espinosa Fernández de Córdoba, (s/f). Según Domínguez existen otros documentos sobre este caso en el Archivo Judicial de Oruro.

los aportes enviados hasta entonces resultaban insuficientes. Por eso Rivera organizó un ejército profesinal, pagado con fondos enviados por las Cajas Reales de Lima, ya que las de Chile eran demasiado flacas para sostener un cuerpo permanente de soldados. Del mismo modo, con víveres enviados desde Lima o Santiago por mar, se sostuvo el fuerte y presidio de Valdivia. Las medidas tomadas por Rivera aseguraron la tranquilidad al norte del Bío-Bío hasta 1654. No obstante, se mantenían algunos fuertes más al sur de esta línea y durante el gobierno de Francisco Laso de la Vega y de Martín de Mujica se intentaron avances que endurecieron la resistencia araucana.

De todas maneras, el siglo XVII fue el siglo de los pactos o parlamentos de paz, que se firmaron con diversos caciques amigos. Con ello se lograba frenar los avances hacia las tierras colonizadas y promover un activo intercambio de bienes y servicios. El primero de estos pactos fue el de Quillín en 1641. Se dejaba a los indios en libertad y se comprometían a no hacer nuevas entradas a su territorio. Sin embargo, durante el gobierno de Antonio de Acuña y Cabrera se produjo otro gran levantamiento, con picos más violentos entre 1655 y 1656, aunque la actitud beligerante se extendió de 1654 a 1662. Todos los fuertes de la araucanía fueron despoblados y las estancias arrasadas hasta el Maule.

Posteriormente comenzó a decrecer la actividad esclavista y la Corona terminó por prohibirla en 1683. A fines del siglo aumentaron las misiones evangelizadoras y el comercio entre ambos lados de la frontera se hizo cada vez más intenso. En el siglo XVIII, los parlamentos o pactos fueron más y más frecuentes y regularon las relaciones interétnicas, inestables, pero en general pacíficas. La economía del centro de Chile se desarrollaba gracias a la gran cantidad de mestizos que eran utilizados como mano de obra en las grandes haciendas.

En el Tucumán, donde la colonización había implantado la encomienda de servicio personal, lo mismo que en Chile, se estaba llevando la situación de los indígenas a una explotación extrema.

Los esfuerzos del oidor Francisco de Alfaro, que promulgó nuevas ordenanzas en 1612 para aliviar la situación, tuvieron poco éxito.

En 1630 los indígenas del valle Calchaquí asesinaron al encomendero Juan Ortiz de Urbina que pretendía explotar algunas minas. Poco después el gobernador Felipe de Albornoz emprendió una gran batida en Calchaquí, contando con el apoyo de una parte de los indígenas del mismo valle, los pulares, que aprovecharon para vengar viejas rencillas interétnicas. En esa expedición se arrasaron las sementeras de los indios y se tomó gran cantidad de cautivos.

Hacia fines de 1631 los indios del extremo sur del valle, los yocaviles, confederados con los del centro de Catamarca, los andalgala y aconquija que combatían bajo el liderazgo del cacique Chalemín, dieron la señal de alzamiento general (Montes 1959; Ottonello y Lorandi 1987; Schaposchnik 1997). Asesinaron a diez encomenderos que estaban en sus haciendas y las autoridades no ahorraron represalias. En 1632 los españoles de la refundada Londres fueron asediados por los indios malfines que les cortaron el agua, encabezados por el bravo Chalemín, y los obligaron a abandonar la ciudad y refugiarse en La Rioja. Ya no se trataba solamente de un valle que resistía la ocupación, sino que todos los indígenas serranos de la mitad sur de la provincia del Tucumán se confederaron para expulsar a los españoles de sus ciudades y haciendas. La rebelión se extendió hasta La Rioja, donde los indios de esta jurisdicción a veces se aliaban a los restantes, a veces optaban por combatir como "indios amigos" (Boixadós 1977), y la ciudad fue incendiada cuando sus pobladores la desampararon. Mientras tanto, los del valle Calchaquí atacaron las ciudades de Salta y San Miguel, con lo que pudo observarse que todavía no habían abandonado el viejo sueño de Juan Calchaquí de expulsar a los invasores de todo el territorio.

Los focos de rebelión se multiplicaban. El teniente de gobernador de Córdoba organizó también una importante incursión en el oeste, en la zona de Tinogasta, pueblo que había sido quemado por los indios que, comandados por Chalemín, le infligieron una seria

y vergonzante derrota. En una tercera campaña se logró finalmente poner algunas zonas bajo su control, en particular el sur de Catamarca y La Rioja.

En 1634 se inició el segundo período de la guerra. En esta época la crisis afectaba también las instituciones de la provincia. Felipe de Albornoz dejó el cargo y se produjeron sucesivos reemplazos. Poco después, Albornoz, que había permanecido en Salta, recibió orden de realizar una nueva expedición punitiva a los valles Calchaquíes, que realizó con excesiva dureza, creyendo que dejaba el valle pacificado con excepción del cacique Utimpa del sector Yocavil. En esta época los yocaviles eran los más fuertes del valle y estaban aliados con Chalemín que continuaba asediando a las ciudades del sur. Por otra parte, como lo demostraría el correr del tiempo, la pacificación no era tal, puesto que no se obtuvo el objetivo principal, o sea que los indios cumplieran con los servicios a sus encomenderos.

Finalmente se hizo una nueva entrada a Hualfín y a Andalgalá y prendieron al bravo Chalemín

...haciendo cuartos en su propio pueblo y horca y clavó su cabeza en el rollo de la Ciudad de La Rioja y en el de esta [Londres] así mismo mandó clavar su brazo derecho para escarmiento y ejemplo de otros. (Información de Servicios de Ramírez de Contreras, en Montes 1959: 141.)

Esta derrota tuvo frutos inmediatos para los españoles. Atacaron a todas las poblaciones vecinas y produjeron el primer gran extrañamiento o desnaturalización de indígenas, trasladándolos al fuerte del Pantano, al norte de La Rioja. En este año de 1637 termina el segundo período de la guerra.

Mientras tanto, los efectos de la guerra se reflejaron en un descenso general de la producción. Varias pestes asolaron a las poblaciones por esta época que, además, carecían de alimentos por las incursiones contra sus cultivos. Los indios atacaban de tanto en tanto las haciendas y continuaban amenazando las ciudades. En

1642 se tuvieron noticias de aprestos en gran escala para Semana Santa. La conjura fue descubierta a tiempo por una delación y con un ataque general se logró abatir las últimas resistencias. Los indios capturados fueron confinados primero en el fuerte del Pantano en 1643. En 1647 cuatrocientos malfines y abaucanes fueron trasladados a Córdoba y más adelante una parte de ellos reinstalados en La Rioja, en tierras de su encomendero.

Esta guerra costó muy caro a los españoles; se estima que murieron 150 personas, incluidos niños, mujeres y sacerdotes. La cifra es alta si consideramos la escasa densidad de europeos en las ciudades de la región por esa época. Los indígenas sufrieron gravísimas pérdidas. Un número considerable logró huir al valle Calchaquí y refugiarse tras sus protectoras cadenas montañosas. Los nuevos estudios sobre esta rebelión han probado que la solidez de las alianzas corría paralela con el grado de parentesco que mantenían los grupos involucrados (Schaposchnik 1997).

Mientras tanto y a pesar de las graves derrotas infligidas por el gobernador Felipe de Albornoz, el valle Calchaquí continuaba en su negativa a servir a sus encomenderos. En 1657, en este contexto de incertidumbres y fracasos, llegó al Tucumán un andaluz, llamado Pedro Bohorques, diciendo que había descubierto el Paytiti, fabuloso país de maravillas oculto en el corazón verde de la América del Sur (Lorandi 1997). Bohorques ingresó en el valle Calchaquí al amparo del cacique de los paciocas, del pueblo de Tolombón, de nombre Pivanti, descendientes de antiguos mitimaes incaicos que habían quedado radicados en esa zona y con la anuencia de algunos encomenderos y hacendados que habían sido seducidos por sus fabulosos relatos. Desde el comienzo se presentó con un doble discurso: a los indios diciéndoles que era descendiente de Paullu el último inca "coronado" por los españoles, y a éstos que si le permitían usar el título de rey de los incas les arrancaría a los indios los secretos sobre sus minas y tesoros, que en la imaginación de los españoles eran la causa de la obstinada resistencia. El lema de Bohorques era decir a cada uno lo que cada uno deseaba escuchar.

El personaje sintetizaba una doble utopía, la de tener conocimientos precisos sobre la localización del Paytiti y la de autotitularse descendiente de los incas para cumplir con las profecías contenidas en el mito de *inkarri* que se había iniciado tras la ejecución de Túpac Amaru I por orden del virrey Toledo. Tras largas aventuras en el oriente peruano en busca del Paytiti, aventuras en muchos aspectos ilegales, Bohorques había sido apresado y enviado a Valdivia en Chile donde cumplió una honrosa misión en la defensa del mismo. El amparo de las autoridades le permitió encontrar la oportunidad para escapar y atravesando la cordillera llegó a Mendoza, dirigiéndose luego hacia el norte. A mediados del siglo XVII la resistencia de las poblaciones de los valles Calchaquíes se prologaba por más de cien años y los españoles de la provincia y las autoridades virreinales estaban dispuestas a darle término definitivo. La llegada de Pedro Bohorques fue providencial para los indios.

La presencia de Bohorques en los valles rebeldes produjo gran conmoción en la provincia. No obstante, el gobernador don Alonso de Mercado y Villacorta decidió invitarlo a un encuentro en Pomán, una población del centro de Catamarca. En las cartas intercambiadas para concertar la cita, el discurso de Bohorques estaba embebido de providencialismo

... quiso Dios que sin pensar aportase a esta provincia de Calchaquí donde sus moradores están hoy postrados y humildes que verdaderamente parece moción del cielo, adoránme como a su Inga, y obedecenme cuanto les mando con mucho amor, han prometido toda paz y quietud y que me enseñarán las minas todas que en sí encierra esta tierra.⁵

Este argumento fue decisivo para alentar la confianza del gobernador. Mercado y Villacorta vio en Bohorques el vehículo para desar-

⁵ Archivo General de Indias (AGI), Charcas 58, 1er. Cuaderno, f. 3.

ticular esta obstinada conducta que ni los jesuitas habían podido vencer con sus dos misiones en los valles y que por ese motivo se asociaron a su proyecto. El encuentro tuvo lugar en julio de 1657. Se convocó para ello a unos ochenta vecinos de los más respetables de la región, para que expusieran las razones y conveniencias de aceptar el pacto con Bohorques. Entre fiestas y agasajos insólitos, Bohorques y los españoles firmaron una serie de pactos. Cada acto jurídico, ritual o festivo tuvo una especial significación. Los resultados colmaron con creces las expectativas de Bohorques, pues regresó a los valles Calchaquíes ungido como teniente de gobernador y capitán general, consagrado con un solemne Pleito Homenaje. Al mismo tiempo obtuvo expresa autorización para usar el título de inca, rey de los indios y funcionario de la Corona de España, los dos títulos y poderes que su fantasía había buscado por años. Los sucesos de Pomán fueron de tal envergadura, que fue piedra de escándalo en todo el virreinato.

Durante el encuentro en Pomán, Bohorques prometió inducir a los indios para que cumplieran con las mitas a sus encomenderos, revelar los tesoros y minas que descubriesen y en general poner a los indios "en policía". Se establecieron también otras obligaciones y las prerrogativas que incumbían a Bohorques como funcionario español. En todos los documentos que se firmaron en Pomán se observa que los testigos se ampararon en el providencialismo para conceder estas honras. No eran ellos, sino Dios quien estaba obrando para proveer esta solución y acabar con las repetidas frustraciones, tanto de los sacerdotes como de los burlados encomenderos.

Apenas culminado el encuentro de Pomán, el gobernador recibió carta del virrey conde de Alba y Aliste reprochándole que hubiera iniciado negociaciones con el ex-presidiario y le ordenaba que lo apresase. Obediente, Mercado decidió borrar con el codo lo que había firmado con su mano. De allí en más se dispuso a cumplir la orden mediante diversas tratativas y argucias que siempre culminaron en fracaso. Mientras el gobernador tramaba la mejor manera de expulsarlo del valle, Bohorques realizó al menos un via-

je para recorrer su jurisdicción. La mayor parte de los datos provienen de su estancia en dos localidades de La Rioja, donde dirigió violentos discursos a los indios, siempre vestido con un traje de inca que las mismas autoridades le habían regalado, incitándolos a una rebelión general. Salvo un pequeño grupo que decidió acompañarlo, el resto no aceptó el convite. Los discursos de Bohorques fueron durísimos, les decía a los indios que los españoles los esclavizarían y marcarían a hierro, que violarían a sus mujeres.

Porque soy vuestro Inga verdadero que compadecido y estimulado de amor vuestro y de mi propia obligación, he venido a liberaros de la esclavitud de los españoles, que os hacen reventar con tan desmedidos trabajos. (Lozano 1975: 109-111)

A comienzos de 1659 las relaciones entre Bohorques y el gobernador habían llegado a su punto de máxima tensión. Se sucedieron varios episodios muy graves, entre otros el ataque e incendio de las dos misiones que los jesuitas tenían en los valles Calchaquíes. A su vez, Bohorques pidió negociar directamente con la Audiencia de Charcas o con el virrey. Finalmente se produjo un encuentro armado donde las fuerzas del gobernador consiguieron, a duras penas, desbaratar el ataque. Bohorques continuó refugiado en el valle, hasta que finalmente llegó al Tucumán un oidor enviado por la Audiencia de Charcas. Don Juan de Retuerta, ministro togado como había solicitado Bohorques, lo convenció de deponer las armas y entregarse, previo indulto por los delitos de los que se lo acusaba, incluido su abandono de la prisión de Valdivia. Bajo estas condiciones fue conducido a Lima, pero acusado de intento de fuga fue puesto en la cárcel. En enero de 1667, tras un largo y confuso juicio, Pedro Bohorques fue ahorcado en esa ciudad junto con los ocho curacas condenados por la abortada sedición liderada por Gabriel Manco Cápac.

En el invierno de 1659, el gobernador invadió Calchaquí desde el norte y fue avanzando poco a poco hacia el sur. Fue necesario conquistar pueblo por pueblo y concertar las paces con cada uno

de ellos. Pero al sur de Tolombón el ejército sufrió una dura derrota infligida por fuerzas combinadas de varios cacicazgos. Poco después la hueste se encontró con otra columna que avanzaba desde el sur, comandada por Francisco de Nieva y Castilla. A continuación fueron nuevamente atacados con grandes pérdidas de hombres. A pesar de ello intentaron someter a los quilmes, que ocupaban el centro del valle y que resistieron de tal manera que obligaron al ejército a iniciar su retirada. Al regresar hacia Tolombón obtuvieron por primera vez una victoria definitiva. Uno de sus caciques falleció en el combate y a partir de este momento resolvieron aliarse con el enemigo y colaborar con ellos. Juntos lograron romper las defensas de varios grupos que fueron inmediatamente trasladados para instalarlos fuera del valle. La campaña había durado seis meses y las fuerzas de la hueste estaban agotadas y en estado de sedición. En el balance del gobernador se cuentan 400 indios degollados, 400 mujeres muertas en batalla, 1000 prisioneros, 600 familias desnaturalizadas. En el sector pacificado quedaban 250 familias de indios "amigos" (3000 almas). La columna de Nieva había apresado otros 400 indios. Mercado calcula 1400 muertos y reducidos y 6000 almas que "que han perecido y tenemos debajo de nuestra sujeción". Quedaban sin reducir más de 1000 familias. En consecuencia, concluye Mercado, conviene proseguir la guerra.

Al finalizar la campaña, Mercado tuvo que asumir la gobernación de Buenos Aires, pero fue designado nuevamente en el Tucumán al término de su mandato, en 1664, para que finalizase su obra de sometimiento de las poblaciones calchaquíes. Otra vez con la ayuda de tolombones y paciocas, Mercado ingresó al valle y se dirigió directamente hacia los quilmes a quienes cercaron y rindieron por hambre. Su cacique, Martín Iquín tuvo que admitir la derrota y pactar su rendición. Se les perdonó la vida a cambio de aceptar el traslado masivo fuera de su territorio. Después de esta victoria el ejército atacó a los restantes grupos del sur del valle.

Una vez cumplido su cometido, el gobernador vació el valle de la totalidad de su población, dispersándola en toda la jurisdicción

de la provincia bajo la custodia de sus encomenderos. Los quilmes y acalíes fueron trasladados al puerto de Buenos Aires, cuyo cabildo había financiado buena parte de la campaña a cambio de obtener la mano de obra que faltaba en la región. Los del sector sur del valle, por haber resistido más tiempo, fueron dispersados en grupos de 5 o 6 familias y entregados a encomenderos y hacendados de La Rioja y Catamarca que también reclamaban por mano de obra, aunque para obtenerla habían tenido que participar personalmente en el ejército, o enviado hombres o pertrechos. La cantidad de indios recibidos estuvo en relación con la cuantía de sus contribuciones. Fue lo que en los documentos de la época se llamó "composición de indios" y que en términos modernos podríamos calificar de remate. Todas las provincias fueron premiadas con este trágico tributo humano. Para el valle Calchaquí comienza una nueva historia que nos queda fuera de la época que tratamos en este libro.

Movimientos de españoles, criollos, mestizos e indios

Pero no todos los conflictos enfrentaron indios contra españoles o contra los agentes del Estado. En otros casos se produjeron diversas y cambiantes alianzas entre indios, mestizos, criollos y peninsulares.

Uno de los casos más conocidos fueron los combates entre "vicuñas y vascongados" que ensangrentaron Potosí a comienzos del siglo XVII. Esas rivalidades reflejan la competencia entre vizcaínos ricos por un lado y por el otro castellanos, andaluces, criollos y mestizos (los "vicuñas") que pretendían acceder a las ricas vetas del cerro. No se puede olvidar tampoco la cantidad de población florentina que rondaba por Potosí, atraída por la esperanza de las riquezas fáciles, que habían hecho tan famoso su cerro. Alberto Crespo (1969) ha publicado un minucioso estudio sobre estas rivalidades que ensangrentaron Potosí durante varios años. El problema se desató en 1622, pero sus orígenes tenían antigua data. Los vizcaínos, despreciando las aventuras de conquista, se volcaron sobre las ricas

vetas del cerro potosino y se convirtieron en los mineros más poderosos de la villa imperial. Gracias a sus notables fortunas compraban los cargos de regidores a precios diez veces superiores que en cualquier otra ciudad, y de esa manera aseguraban que la elección de los alcaldes recayera entre los suyos, lo que les permitía conservar un constante control sobre el cabildo. Ejercían ese poder con gran desenfado y arbitrariedad y concitaron el rencor del resto de la población que tenía otros orígenes regionales en la Península, y de los criollos y los mestizos que no podían acceder al gobierno municipal. Pero los vascongados también ejercían su poder sobre otras instituciones reales y se permitían mantener altísimas deudas con el fisco, ya sea por la adquisición del azogue al fiado, por no pagar en forma completa los cargos que compraban, o por otros motivos diversos.

A raíz de esas grandes deudas con la hacienda real, el virrey envió, en 1618, al contador Alonso Martínez Pastrana para tratar de corregir esos desvíos. Larga y penosa fue la lucha de este honrado funcionario. Su primera medida fue la de prohibir que fueran elegidas en el cabildo aquellas personas que mantenían grandes deudas con el fisco. Pero los capitulares resistieron la orden, contando con el apoyo del corregidor Francisco Sarmiento de Sotomayor. A pesar de los amplios poderes otorgados al contador, que no dependía de la Audiencia de Charcas, sino directamente del rey y del Consejo de Indias, su intimación fue limpiamente desoída. Nuevas cédulas de 1620 reiteraban la prohibición, pero nuevamente fueron cuestionadas. De todas maneras, Martínez Pastrana, a pesar de su rigor, trató de negociar y después de muchas idas y vueltas, llegó a aceptar que la prohibición para ser elegido alcalde se limitara a aquellos que debían el pago de la compra de sus oficios, perdonando las deudas por azogue, dado que los afectados argumentaban que la explotación minera se vería seriamente afectada si se aplicaba la totalidad de la cédula.

Las elecciones capitulares del 1 de enero de 1622 fueron el detonante, porque muchos postulantes fueron recusados a causa de

sus deudas. Gracias a diversas argucias y al apoyo del corregidor, otra vez los principales oficios quedaron en manos de los vizcaínos. Pocos meses después, la violencia reemplazó a las negociaciones. Los desplazados se habían conjurado y mataron a un vizcaíno, Juan de Urbietta. Esa fue la mecha que encendió una interminable guerra de bandas, con ataques a las viviendas, saqueos, encuentros armados en las calles y asesinatos de un lado y de otro. Aunque nunca se produjo un ataque masivo a la ciudad, la posterior formación de una compañía de soldados, bajo la autoridad del corregidor, desalentaba algunos ataques, pero tampoco lograba controlar la situación. El presidente de la Audiencia de Charcas y varios oidores pasaron largos meses en Potosí tratando de solucionar el conflicto, pero obtuvieron muy magros resultados.

En 1623, sin que variara el rumbo de los acontecimientos, llegó a Potosí un nuevo corregidor, Felipe Manrique, que se puso rápidamente del lado de los vascongados. Éstos, que se habían visto obligados a refugiarse en conventos u ocultarse fuera de la ciudad, vieron nuevamente alentadas sus esperanzas de recuperación del poder. Manrique fue implacable con los vicuñas que lograba apresar, con lo que provocaba nuevos ataques y asesinatos del resto de los conjurados. El conflicto se prolongó hasta finales de 1624 o comienzos de 1625. Durante ese tiempo las diversas autoridades que conjuntamente trataban de controlar la situación habían tenido poco éxito, en particular porque todos los intentos de juzgar a los sediciosos legalmente chocaba con el cerrado silencio de la población. Sin embargo, ninguno de los bandos tenía líderes indiscutidos. En cada período aparecían cabecillas y principales instigadores pero sobre todo, los agresores vicuñas carecían de una organización y de un liderazgo fuerte. Así como entraban en bandas a la ciudad, se alejaban de ella y atacaban las propiedades rurales. Poco a poco, ante la falta de un proyecto y de objetivos claros, el grupo fue perdiendo coherencia. Los criollos parecen haber sido los primeros que traicionaron a su grupo y denunciaron a los que habían participado en los asaltos y asesinatos. Una vez que las autoridades co-

menzaron a obtener información y a identificar a algunos de los conjurados, los iban apresando y ejecutando en el interior de la cárcel, porque si lo hacían en la plaza pública sus compañeros los liberaban, como repetidamente lo habían hecho con anterioridad.

De esa manera, poco a poco, el conflicto fue perdiendo intensidad y culminó con disputas internas de castellanos contra andaluces, o contra portugueses. El paisanaje fue en esas últimas etapas la única amalgama que restaba, la de la patria chica, e hizo olvidar algunos objetivos más amplios, sin duda vinculados a un conflicto social.

Más interesantes por su amplitud social fueron los sucesos de Laicaçota, porque permiten renovar el enfoque sobre conflictos que enfrentaron, una vez más, con inestables alianzas coyunturales, a peninsulares de distinto origen regional, a criollos, indios y mestizos. De todas maneras, este conflicto fue, de hecho, una réplica del anterior.

En los sucesos de Puno (más precisamente Laicacota) y La Paz entre 1661 y 1668, se manifestaron competencias entre bandos de mineros, complicados con problemas de fraudes fiscales. En este caso hubo caciques que participaron del lado de las autoridades, e incluso aportando cuantiosos recursos como Bartolomé Tupa Hallicalla (Glave 1989: 199; 296). En esta rebelión, en ciertos momentos, el poder central fue cuestionado, por lo que provocó finalmente una fuerte represión encabezada por el virrey conde de Lemos. Se pueden considerar dos momentos álgidos: 1661-63 y 1665-68. En el primero se enfrentaron dos bandos, parcialmente diferenciados por su origen étnico y/o social. Uno de ellos encabezado, entre otros, por un corregidor y por los hermanos José y Gaspar Salcedo, hombres estos últimos que se habían enriquecido en muy poco tiempo de manera desmesurada gracias a la explotación de las minas de Laicacota y que convocaban principalmente a peninsulares, llamados "criollos de España", y a nacidos en la tierra, los "criollos de este Reino" (Acosta 1981). El otro bando, que fue expulsado de sus minas por los primeros y que provocaron asaltos

hasta llegar al combate abierto, estaba integrado por unos 500 "mestizos y criollos" y 150 indios reclutados entre los trabajadores asalariados de las minas. El conflicto se desató por competencias en la explotación de las minas de la zona de Puno, que habían sido descubiertas en 1657 y por las denuncias de corrupción de los agentes oficiales, acusados de malversar los fondos de las Cajas Reales. En esta fase el bando de los Salcedo derrotó a los "mestizos y criollos". Los expulsados de Puno se dirigieron a La Paz para reclamar justicia ante el corregidor, quien en vez de investigar sus denuncias puso en prisión a uno de sus líderes. Ante este hecho, "los mestizos" enviaron emisarios al Cuzco y a Larecaja para reclutar gente. Corrió luego el rumor de que el cabecilla Antonio Gallardo sería ejecutado; los amotinados tomaron la casa del corregidor y le dieron muerte, junto a otros miembros de su guardia, a la voz de "Viva el rey, muera el mal gobierno". De La Paz se dirigieron a Puno, donde en un breve combate fueron derrotados por las fuerzas combinadas de los mineros y las autoridades, quedando acalladas las denuncias sobre corrupción. No obstante, Gaspar Salcedo, que comandaba las milicias leales al gobierno, sufrió la destrucción de su ingenio que fue sometido a saqueo (Lohmann Villena 1946: 153; Basadre 1945: 107).

Acosta hace un interesante estudio de las categorías sociales que aparecen en la revuelta y del valor subjetivo de las mismas. En el bando vencedor había sevillanos, como los Salcedo, vizcaínos y vascos, y el resto "naturales de estas provincias" o "criollos de este Reino", mostrando que podían existir alianzas entre peninsulares y criollos si los intereses económicos así lo aconsejaban.

El bando de los rebeldes, según los discursos contenidos en distintos documentos que se ocuparon del asunto, estaba compuesto por "criollos del común", "gente criolla mestiza", "mestizos", "criollos y mestizos criollos", pero es notorio que no había peninsulares. Por cierto que estas categorías no eran rígidas y había un fuerte componente de subjetividad para aplicarlas. Si bien a veces las atribuciones —como la que hizo un artesano platero que fue interroga-

do por las autoridades (Acosta 1981:36)—, fueron expresadas en términos raciales (rasgos físicos), no hay duda de que existían componentes de marginación social sumados a descontentos por exclusiones político-económicas de diverso rango, ya sean éstas permanentes o coyunturales, que incidían en los discursos clasificatorios.

Con respecto a los indígenas que participaron directa o indirectamente en esta rebelión de La Paz y de Puno, se encuentran dos grupos de actores diferentes: los forasteros reclutados en las minas y que fueron utilizados en los combates, y los indios de comunidades. Nicanor Domínguez sostiene que muchos de los llamados mestizos eran en realidad indígenas desadscritos de sus comunidades y por lo tanto, con intereses diferentes a los de la comunidad. Tanto es así que cuando los rebeldes les propusieron a los del pueblo de Zepita que los apoyasen

siguiéndoles con todos sus indios y matando a los españoles, [que] no tendrían que pagar tasas ni tributos, [y] no les mandarían nada y quedarían libres. (Citado por Acosta 1981: 39.)

El curaca de Zepita rechazó la propuesta, declarándose fiel vasallo del rey, por lo que fue ejecutado por los rebeldes. El discurso de los amotinados tenía claras intenciones de rebeldía contra la autoridad y reclamo de alianza interétnica. Pero la situación era suficientemente confusa como para que fracasara.

En la segunda fase, 1665-68, las motivaciones fueron similares, pero cambiaron las alianzas, y en opinión de Antonio Acosta, aquí es más evidente que estaban más ligadas a los intereses económicos que a los orígenes de cada grupo. Entre los anteriores aliados (en realidad aliados coyunturales) se desataron odios y rivalidades que los enfrentaban desde antigua data. Después de aplacado el motín de los "mestizos" comenzó a correr el rumor de que éste se había producido por los malos tratos que les infligían los vascos, en particular los vizcaínos. Esto fue aprovechado por los andaluces para acusar a sus competidores vascos, con quienes disputaban por las

vetas más ricas. Las autoridades, que en general apoyaban a estos últimos, no pudieron controlar las constantes pendencias y la situación hizo crisis cuando los vascos expulsaron a los andaluces, que tuvieron que abandonar sus asientos mineros y refugiarse en el pueblo de Juliaca, mientras se sostenían con las fuertes partidas de dinero enviadas por Gaspar Salcedo que temporalmente se había refugiado en el Cuzco. Allí se asociaron con los descontentos del otro bando durante el episodio anterior. El corregidor Ángel de Peredo, vasco de origen, se alió con sus coterráneos e intentó volcar el apoyo de las autoridades en favor de esta facción, aunque con resultados contradictorios porque ambas facciones tenían sus lazos en Lima. Sin embargo la acción ambigua de Peredo alargó el conflicto a pesar de que estuvo a punto de perder la vida en una de las refriegas. El 8 de marzo de 1666, los Salcedo, al mando de 600 hombres e indios de servicio atacaron Laicacota y tomaron posesión del asiento minero al grito de "Muera el mal gobierno, viva el Rey y el Papa".

Lo cierto es que en esta etapa la inquietud se había extendido "por las provincias de arriba" desde el Cuzco a Potosí. El obispo de Arequipa, que había sido enviado para pacificar y poner orden, terminó por apoyar a los amotinados y lo mismo sucedió con muchas de las autoridades locales, con excepción de Peredo. Del lado oficial, el temor se expresaba en términos de que los rebeldes eran "mestizos y gente suelta". El virrey Santisteban tuvo una conducta fluctuante y aún más evidente en el mismo sentido fue la de la Audiencia gobernadora después de su muerte. Muchos de los oidores estaban comprometidos con uno u otro bando y Gaspar Salcedo, por su parte, se ocupaba de comprar voluntades en la Audiencia y entre los asesores del virrey Santisteban.

El nuevo virrey conde de Lemos decidió emprender personalmente una campaña para someter a los conjurados en julio de 1668. José Salcedo, que anteriormente había sido nombrado Justicia Mayor del distrito de Paucarcollo, con sede en Laicacota, organizó la defensa del pueblo. Pero ante el avance de las tropas del vi-

rrey, los seguidores de Salcedo abandonaron la plaza. Los principales cabecillas fueron condenados y ejecutados, entre ellos el propio José Salcedo, pero su hermano Gaspar, preso en Lima y aunque también condenado a pena capital, fue finalmente indultado por el Consejo de Indias. Se le permitió recuperar sus propiedades y uno de los hijos del ajusticiado incluso recibió título de "marqués de Villarrica de Salcedo, libre de media anata por haber cedido el agraciado la suma de 140.000 pesos a la Corona y en atención a los *servicios prestados por sus padres y abuelos*" (Vargas Ugarte 1954: 340; énfasis mío).

Por cierto, esta rebelión que comenzó como un conflicto de intereses entre andaluces y criollos contra los vascongados y vizcaínos, terminó transformándose en resistencia y traición a la autoridad real. Basadre sostiene que se trataba de un conflicto entre la autoridad política y el poder económico y señala que también había una rivalidad entre la nobleza de sangre y los hombres de reciente ascenso social (1945: 99-100). Por su parte, los extensos capítulos que Lohmann Villena dedica a Laicacota, también revelan que aunque las intenciones de separatismo nunca pasaron de proclamas aisladas, las intrigas y alianzas podían conducir a una franca sedición. Al finalizar la contienda, el conde de Lemos escribió al rey diciendo que había reconquistado el Perú, porque lo había encontrado a punto de perderse. Es sorprendente que hasta las muy recientes e iniciales investigaciones de Nicanor Domínguez estos acontecimientos no hayan llamado la atención de los investigadores modernos, salvo el ya citado trabajo de Antonio Acosta. Y si se le ha dedicado tan extenso espacio, es justamente porque, a diferencia de los historiadores tradicionales, Acosta y Domínguez han puesto atención a la composición social de los actores y en particular a la presencia de mestizos, muchos de ellos tal vez indios desadscritos de sus comunidades, como opina Domínguez. Como contracara de los trabajos de Thierry Saignes (1984; 1987), que focalizó su atención a las estrategias comunitarias de la sociedad indígena, esta rebelión descubre la gran masa de desadscritos (tem-

porarios o permanentes) y mestizos que buscaban soluciones individuales para hacer frente y/o incorporarse al sistema colonial. Y que a diferencia de las comunidades que optaron en este siglo por una resistencia pasiva o diversas modalidades del así llamado "pacto colonial", las estrategias individuales podían conducir a la rebelión contra "el mal gobierno" o directamente contra el rey.

Los sucesos que se han comentado demuestran que las preocupaciones por la emergencia de "facciones" expuestas en el XVI en el Documento de los Comisarios de la Perpetuidad de la Encomienda, entre tantas otras manifestaciones similares, no fueron meros temores infundados. Asimismo, azogueros, estancieros y curacas llevaban adelante feroces combates legales y no pocas manifestaciones de fuerza en contra de la renumeración de la mita minera, que según Lewis Hanke alcanza en este período su punto más álgido.⁶ La crisis provocada por la caída de la producción y el descenso del número de indios de mita, reemplazados por los de "faltriquera",⁷ condujo incluso al asesinato del obispo Francisco de La Cruz que intervino en las disputas en favor de los indios (Glave 1989).

El combate en favor de los indios

No es posible concluir este capítulo sin dejar de reconocer que, también en este siglo XVII, muchos españoles, tanto civiles como eclesiásticos emprendieron duros combates en favor de los indios. Como lo desarrolla en detalle David Brading en *Orbe Indiano* (1991) muchos religiosos en sus crónicas y memoriales hicieron una encendida defensa de los indios, criticaron duramente los abusos a los que los sometían los españoles y defendieron el derecho de los criollos a ocupar cargos de importancia en la burocracia de los

⁶ En : Informe de la Audiencia de Lima que gobernó entre el 17-III-1666 y el 21-XI-1667, por muerte del virrey conde de Santisteban.

⁷ Indios que pagaban a los mineros para que contrataran otros jornaleros.

reinos americanos. Sin embargo, Brading no deja de observar las contradicciones en las que a veces incurrieron esos mismos autores al elogiar al mismo tiempo a los incas y a sus conquistadores (1991: 350). Entre ellos se encuentran, por ejemplo el agustino Antonio de la Calancha y el franciscano fray Buenaventura de Salinas y Córdoba a quien Santisteban Ochoa (1963) titula como un "precursor de la independencia en el siglo XVII". Salinas y Córdoba es autor de un *Memorial* (Brading 1991) en el cual afirma que por el hecho de que los corregidores y empresarios fueran peninsulares y no criollos, había resultado en la insostenible opresión de los indios y su prédica orilló una conducta insurgente.

Salinas y Córdoba realizó un viaje a Roma y a España con el curaca de Jauja Lorenzo Limaylla que 17 años después volvería a la Península para solicitar que se concediera a los caciques nobles una Orden de Caballería bajo la advocación de Santa Rosa de Lima (Lorandi 1997). Sin duda, el franciscano debió tener una fuerte influencia sobre el curaca de Jauja y ser un inspirador de sus luchas andinas. En carta del obispo del Cuzco a S.M. manifiesta que en 1635 le dio cuenta

... de la libertad con que en este reyno hablan los religiosos en el Púlpito del gobierno de España y la que tuvo en la cathedral el veynte y ocho de febrero el Pr. Fr. Buenaventura de Salinas, religioso del orden de San Francisco predicando delante de mi, y de mi cabildo y del Secular, pues disque S. M. gobernaba tiránicamente y emprestillaba en este reyno y daba las Encomiendas a los lisonjeros que andan cerca de la persona de V.M., quitándolas a los hijos de los conquistadores. (Citado por Santisteban Ochoa 1963: 21-23.)

Estos ejemplos, tomados al azar, ilustran que en una sociedad tan compleja como la que se había conformado en el virreinato, no faltaron hombres lúcidos que comprendían que muchos de sus compatriotas transponían las fronteras no sólo de los principios cristianos, sino también de todas las normativas y reglas que regían

la vida en sociedad. La ilegalidad, y la anomia moral pervertían el sistema y lo hacían altamente ineficiente. Como la ha llamado el lúcido sociólogo Carlos Nino (1992) describiendo la conducta actual de los argentinos, la "anomia boba" es una forma de amoralidad generalizada, donde nadie cumple las reglas y el resultado final es una ineficiencia total del sistema y todos son finalmente perjudicados. De hecho, muchos de los defensores de los indígenas no intentaban revertir la naturaleza estamentaria de la sociedad colonial, pero al menos pretendían encontrar límites racionales al sistema, de modo que el beneficio de algunos no redundase en la extrema miseria de los más. Pero esta anomia moral no sólo se refleja en el comportamiento hacia los nativos, sino en todas las relaciones sociales y de los particulares con respecto al Estado. La guerra se dirigía en realidad contra las instituciones en el sentido antropológico del término.

En suma

Como hemos visto, hay varias fuentes de inquietud. Facciones de españoles y criollos que se disputaban espacios económicos y políticos como en Potosí o Laicacota; individuos que cambiaban de bando según sus intereses; indios no integrados como los urus, atacando a los aymaras que ejercían estrategias más exitosas dentro del sistema colonial; alianzas entre indios y españoles, y cuasi conspiraciones generales como la atribuida a los curacas de Lima. Eran síntomas de inquietud y/o franca rebelión que no dejaron de preocupar a las autoridades. Y en el centro de los conflictos los problemas de la mita minera, sobre todo la de Potosí, que absorbía indios de una zona muy amplia del Alto Perú, todo ello acompañado por un altísimo nivel de corrupción que el virrey conde de Lemos trató de corregir sin demasiado éxito. Fue el momento de mayor debilidad del Estado y del más amplio despliegue de estrategias sectoriales e individuales de todos los actores involucrados.

7

Balance y discusión final

La conquista

El lector que haya completado la lectura de los acontecimientos que se desgranar a lo largo de los siglos XVI y XVII puede sentirse presa de opiniones y, tal vez, de sentimientos contradictorios. Las guerras se produjeron unas tras otras, sin solución de continuidad y los guerreros, en el Perú, nunca estuvieron en reposo. El lector pudo haberse admirado ante las maravillas que los hombres del Tawantinsuyu fueron capaces de producir, asombrarse frente a la tenacidad ineluctable de algunos españoles, y caer después en la más horrenda repulsa por la anestesia moral con la que trataron a los indios y a sus coetáneos rivales. Es como una curva, que asciende ante el reconocimiento de la ciclópea epopeya de la conquista y que luego desciende hasta las profundidades del averno. Y esto vale para todos, porque si bien no puede ignorarse la ignominia a la que fueron sometidos los indígenas, tampoco se puede desconocer que en sus propias guerras civiles, tanto los españoles como los indios, podían alcanzar los mismos extremos de crueldad. Las crónicas del siglo XVI deberían estar escritas con sangre, en lugar de tinta. No hay página donde no se de cuenta de los asesinatos, unos tras otros, producto no sólo de la competencia entre grupos rivales sino, ante la menor desconfianza, el recurso más expeditivo para eliminar físicamente al sospechoso.

Hay que admitir, además, que es muy difícil explicar y menos comprender, cómo fue posible que un puñado de hombres con-

quistara un imperio tan poderoso, aunque hemos señalado que no estaban ni aislados ni desamparados. Un hábil esquema de apoyos y avituallamientos, el auxilio de esclavos (negros e indios nicara-güenses) e indios amigos, permiten romper el eslogan clásico del "puñado de hombres". También hemos tratado de mostrar las fisuras que debilitaron la resistencia de los andinos. No obstante, siempre queda el sabor amargo que dejan las explicaciones incompletas. Salvo, como lo dicen algunos cronistas de la época, que haya sido esa la voluntad de Dios. Aun sin asumir esa conclusión providencialista, lo cierto es que todos los razonamientos parecen insuficientes. Al final sólo se puede tener a la vista el edificio construido con las pruebas que han podido reunir los historiadores, pero siempre parece que ese edificio reposa sobre cimientos a los que no se les ha colocado toda la argamasa necesaria.

Muchos autores han comparado la conquista y colonización de México con la de los Andes y acuerdan que este último fue mucho más traumático y desolador. Basta recordar las penurias del primer viaje a lo largo de las costas del norte de nuestro subcontinente. El hambre, las enfermedades, la muerte. Y también los primeros conflictos. El autoritarismo y egocentrismo de Francisco Pizarro fue minando los justos derechos de su socio Diego de Almagro. La habilidad del caudillo lograba superar todas las adversidades y convocar en su entorno voluntades que más de una vez habían flaqueado, por desconfianza en la quimera del oro con que concitaba sus voluntades o por agotamiento físico y psíquico, producido por esa aventura que parecía que nunca alcanzaría su meta.

Pero una vez alcanzada, después de Cajamarca, se arrojaron sobre ella con codiciosa voracidad: riqueza, ascenso social, poder y desenfreno sexual. La conquista alimentaba el honor, pero lo deva-luaban con infinitas crueldades. Tensaron la ambición hasta sus máximos límites y luego no pudieron detenerse, ni frente a los indios, ni frente a sus rivales en la conquista. Las humillaciones a las que sometieron a Manco Inca lo incitó a romper la ilusión de una alianza con los invasores. El sitio del Cuzco mostró que las tácticas

de guerra indígena resultaban ineficaces frente a las de los europeos, pero la consitución del llamado Estado neo-inca en Vilcabamba, que resistió y acosó la colonización durante casi cuarenta años, provocó constante inestabilidad en el virreinato. La fuerza de la resistencia inca también estaba inficcionada por los nobles que optaron por colocarse bajo el paraguas colonizador para conservar sus privilegios. Y sin duda, también, por la defección de muchos señoríos étnicos, que como el de los wankas, vengaron con la traición el anterior sometimiento imperial.

Almagro soportó cuanto pudo las limitaciones —humillaciones— que Pizarro le infligió. Pero cometió un error muy grave, no supo evaluar el potencial de riqueza que podía ofrecer el altiplano y sus valles colindantes y desestimó aceptar la gobernación de esa zona, la Nueva Toledo, que Francisco Pizarro en un principio estuvo dispuesto a cederle. En efecto, Hernando Pizarro lo gestionó personalmente ante el rey. Almagro, en cambio, después del fracaso de la expedición a Chile, insistió en apoderarse del Cuzco y esa fue su sentencia de muerte. La antigua capital del Tawantinsuyu coronaba simbólicamente la conquista y era obvio que Pizarro no estaba dispuesto a ceder esa presa. Vaca de Castro pudo negociar y otorgarle finalmente la Nueva Toledo a Almagro el mozo, pero optó por ejecutarlo y castigar cruelmente a sus partidarios. Ya se comenzaban a explotar las minas del altiplano y no parecía conveniente dividir el reino.

Una vez que se promulgaron las Leyes Nuevas, la desmedida ambición de los españoles que ya estaban instalados y de los que llegaban en incontenible aluvión entró en desesperado pánico. La gravedad de la coyuntura hizo que La Gasca se viera obligado a combatirlos. Si se repasan los acontecimientos, se observa que gastó casi dos años en esfuerzos diplomáticos que tenían dos objetivos: cargar con las culpas de los desmanes al intolerante y ya fallecido Núñez Vela y lograr que fueran los oportunistas de siempre los que desampararan a Gonzalo Pizarro. Y la represión, picota, garrote, galeras, multas, que La Gasca aplicó con generosidad, afectaron

más a los soldados que formaban las huestes, que a los encomenderos que apoyaron al pretendiente de la Corona del Perú.

La semilla del criollismo, aunque en forma de brotes muy tiernos y frágiles, fue retomada especialmente en la revuelta de los mestizos y, en el siglo siguiente, por otros insurrectos. Y con el tiempo ese brote seguiría creciendo. Es necesario insistir, el proyecto de Gonzalo Pizarro no era tan descabellado como algunos —o muchos— lo quieren presentar.

Ensayo de interpretaciones alternativas sobre el proyecto de Gonzalo Pizarro

Si se revisan los textos de los historiadores tradicionales, la primera imagen que transmiten, una vez repasados los principales acontecimientos y recursos jurídico-políticos que rodean la rebelión de Gonzalo Pizarro, es el estado de profunda confusión de los actores sociales, oscilante entre la necesidad de defender intereses que conquistaron con sangre, sudor, lágrimas y dinero por un lado, y la lealtad al soberano por el otro. Excepto unos pocos adalides de la revuelta, que trataron de llevar el proyecto hasta sus límites, el resto se habría encontrado atrapado en una difícil disyuntiva. Sin embargo, esta imagen se construye sin un aparato crítico de las fuentes, amparados en el hecho de que algunos de los cronistas fueron testigos y protagonistas de los sucesos y que por estar involucrados en ellos pudieron deformar u ocultar muchos datos o acontecimientos. No se ha evaluado que las crónicas se escribieron después de aplacada la rebelión y cuando el creciente absolutismo impulsado por Carlos V provocaba un cambio sustancial en las relaciones entre el soberano y sus súbditos.

Antes de internarnos a fondo en nuestra argumentación, es necesario hacer una aclaración. No compartimos la opinión de algunos historiadores que consideran a la rebelión de Gonzalo Pizarro como un antecedente directo de los movimientos de independen-

cia del siglo XIX, si bien en algunos escritos de sus ideólogos, como es el caso de Hipólito Unanue, se encuentran referencias, por cierto muy críticas, a Gonzalo Pizarro, pero que sugieren que ese proyecto de autonomía se mantuvo latente hasta esa época y aún era tema de reflexión (Abugattás 1987). Ambas épocas comparten la aspiración de lograr una emancipación política, pero difieren en las bases ideológicas y en el tipo de expectativas que alimentan estas rebeliones. El siglo XVI es una época de transición y coexistencia de dos modelos políticos y económicos, el feudalismo medieval y el mercantilismo del período moderno. Pizarro y sus ideólogos buscaban restaurar el modelo medieval que es sustancialmente un movimiento conservador. La ideología del siglo XIX, por el contrario, es progresista en lo social y en lo económico. Se lucha contra la monarquía absoluta, pero sobre todo por una apertura económica que no continúe limitando la capacidad adquisitiva del mercado colonial. El individuo ocupa ya otro lugar en el mundo, y lo que lo impulsa son los ecos más o menos fuertes de la ideología del iluminismo. Pero aún así, no puede dejar de reconocerse que bajo el paraguas del sistema social, político y económico del decadente feudalismo, la semilla de la liberación, de la autonomía, estaba claramente instalada y que, por momentos al menos, pudo ser compartida por muchos y muy diferentes sectores de la población. Las bases sociales de Pizarro, aunque inestables, eran muy amplias, incluyendo también a muchos religiosos, mestizos e indígenas (Basadre 1973: 104-110) y sin duda dejó un importante residuo en la conciencia de la población.

Hemos visto que los individuos oscilan entre dos lógicas políticas. Por un lado el interés privado, el cálculo de oportunidades, que regía la conducta de los individuos o de los grupos o facciones que sólo ataban frágiles alianzas. Por el otro, los principios éticos de su época, lo que equivalía a respetar las reglas, normas y dogmas. Se oscilaba entre las lealtades obligadas y la moral práctica donde el cálculo intervenía para definir en cada ocasión cuál sería el mejor camino a seguir.

Este tema nos conduce también a reflexionar sobre la amplitud del impacto de la supresión de las Leyes Nuevas en la multitud de inmigrantes que buscaban un espacio en los nuevos reinos. El clientelismo es una de las características del sistema. Tener "casa poblada" significaba dar alojamiento no sólo a una multitud de servidores, sino también a allegados y parientes que residían junto al cabeza de familia en forma transitoria o permanente. Además, las redes de parientes y alianzas fundadas en el origen regional común, fueron factores determinantes en la constitución de estas clientelas. Los Pizarro son un ejemplo extremo, como ya lo dijimos, de alianzas por parentesco u origen en la patria trujillana, que se extendía a muchos extremeños. Este clientelismo es el origen de la facción, que sobrepone sus intereses a los del resto de la sociedad.

Si regresamos a los acontecimientos que nos convocan, podríamos decir que visto en términos de los encomenderos y sus clientelas, las ordenanzas y la intransigente actitud del virrey afectaban efectivamente al conjunto de la sociedad española, o si se quiere al bien común de los españoles. Claro, esto deja fuera del problema del valor a la inmensa mayoría de los pobladores de estos territorios conformada por los naturales, que estaba siendo arrasada y abrumadoramente explotada por sus invasores. La mayoría de los colonos explotaron indiscriminadamente a sus indígenas en los primeros tramos de la conquista, siendo previsible una reacción ante algunas de las medidas extremas que se proponían aplicar con las Leyes Nuevas. Por eso, en unánime consenso, se acordó reclamar ante el rey por las vías legales correspondientes. Esa unanimidad, sin embargo, sufrió algunas fracturas cuando se trató de apoyar el proyecto de Gonzalo Pizarro y su entorno con el fin de utilizar este conflicto como trampolín para desacatar la autoridad real y establecer en los Andes un reino independiente. Prueba de ello fue que, a medida que la rebelión fue adquiriendo violencia y que el proyecto de autonomía iba cobrando fuerza, poco a poco se fueron apartando de su líder hasta dejarlo en el mayor abandono.

No obstante, la oscilante conducta de los españoles merece que se la interprete desde varias ópticas alternativas.

Las ambigüedades del contexto general no deben quitar relevancia al proyecto insurgente en sí mismo, porque reflejan un aspecto de la mentalidad de los hombres que llegaban al Nuevo Mundo, aún cuando las condiciones no estuvieran maduras para semejante aventura política. Es evidente que los adalides de la revuelta la asumieron como un proyecto posible en tanto que, una vez informados de la revocación de las Leyes Nuevas que más los afectaban, no detuvieron la maquinaria de confrontación, ni en lo atinente a la violencia, ni en lo legal o lo simbólico. En esta línea de análisis, uno de los puntos que aborda Lohmann Villena (1977: 67-68) es el de la muerte del virrey Núñez Vela y sus justificaciones. El virrey es la segunda persona del rey y su asesinato es equiparable al de un soberano. Parece no haber existido una toma de conciencia sobre la gravedad del asunto. Gonzalo Pizarro nunca se excusó del asesinato, ni intentó justificarlo como una muerte esperable de una persona que se arriesgaba en el campo de batalla. Aunque pudo haber sido hecho prisionero, lo remataron y sus asesinos no fueron castigados. La muerte del virrey tampoco sirvió para detener los aprestos bélicos sino, por el contrario, los sediciosos se prepararon para enfrentar a La Gasca. La soberbia de la victoria les dio alas para imaginar que la autonomía soñada era una posibilidad que estaba al alcance de la mano.

Otra estrategia del grupo que rodeaba a Pizarro fue la de solicitar al Papa una enfeudación pontificia. Dado que el pontífice era señor de reyes y emperadores, el proyecto consistía en hacerse reconocer como rey por esa autoridad suprema de la cristiandad. En primera instancia se designó a Sebastián de los Ríos como embajador ante el Vaticano, aunque éste advirtió sobre las dificultades diplomáticas de su misión, ya que los representantes de la Corona castellana en la Sede papal tratarían de detenerlo, además de los complicadísimos aspectos legales que implicaba llevar adelante esta propuesta. Más adelante se envió a fray Tomás de San Martín con

el mismo objetivo. Ambos embajadores fueron detenidos por orden de La Gasca y no pudieron continuar su viaje. (Lohmann 1977: 74-76).

Tampoco faltaron los rituales cortesanos, tales como el de que Pizarro diera a besar su mano, o que sus allegados hayan preparado una entrada triunfal a Lima después de la batalla de Añaquito, para la que abrieron una nueva avenida que se llamaría calle de la Libertad, lo que finalmente no se llevó a cabo por consejo de los más prudentes. También se menciona el uso de pendones con el escudo de los Pizarro o las iniciales "G P" bordadas en sus paños, así como la acuñación de moneda con las mismas iniciales.

La mejor manera de llevar adelante este proyecto era coronar rey a Gonzalo Pizarro. Lohmann analiza en detalle las argucias legales a las que se recurrió, sostenidas en su mayoría por algunas de las leyes o disposiciones de *Las Partidas*, o en la historia de los reyes de la Península o de Roma. Sus consejeros creían que el derecho de conquista podía culminar en la proclamación de un nuevo rey, como lo había hecho Pelayo, elegido príncipe de los astures y ejemplos similares (Lohmann 1977: 79-80). Con este objetivo, la mayor audacia se puso en evidencia en la preparación de una gran asamblea de encomenderos y hombres de alcurnia que, en un acto público previsto entre marzo y abril de 1547, coronarían a Gonzalo Pizarro, previa destitución simbólica de Carlos V. En este acto se reproduciría la "farsa", (el término es de Lohmann pág. 81) "del 5 de junio de 1465 en Ávila, donde se colocó una efigie de Enrique IV sobre un tablado, y después de dar lectura a un extenso pliego de acusaciones, la fueron despojando uno tras otro de los atributos reales; hasta derribar la misma estatua, y alzar luego a su hermano el Infante Don Alfonso como verdadero soberano".¹ El arzobispo Loaysa le impondría las insignias en la catedral y, algún cronista,

¹ Para el tema de la efigie, que se inserta en la teoría de los dos cuerpos del rey, ver Kantorowicz [1957] 1985.

dice Lohmann, incluso insinúa que ya estaba preparada la corona de oro fino y esmeraldas. Estos aprestos abortaron ante la noticia del desembarco de La Gasca en Tumbes, que obligaron a postergar la tan ansiada coronación.

La importancia del rito de coronación no puede pasar desapercibida. La consagración de un soberano es un rito de pasaje, que como otros ritos de pasaje, está destinado a marcar la diferencia, en este caso entre el rey y sus súbditos. Es una institución que, como dice Bourdieu, constituye "un acto de magia social que puede crear la diferencia *ex nihilo*" (Bourdieu 1982). Este es nuestro caso. Más que un rito de pasaje se pretendía constituir un rito de creación, sostenido por la voluntad "popular" y que contemplaba la necesaria sacralización materializada en la propuesta de que el arzobispo Loaysa le entregara las insignias en la catedral. Las ceremonias religiosas, que son imprescindibles en toda coronación, acrecientan su simbolismo en estos casos irregulares. "El usurpador que desea legitimar su poder conseguido por medio de la violencia, se somete a la unción bautismal, que borra el asesinato y le otorga la pureza del recién bautizado" (Lafage 1993: 59).

Paralelamente nunca se abandonaron los recursos diplomáticos más acordes con las leyes y usos vigentes. Una asamblea de representantes de las ciudades acordó nombrar a Hernando Pizarro que se hallaba en España, a Lorenzo de Aldana y a Gómez de Solís para que hicieran una nueva presentación ante el rey. Solicitaban, "1) amnistía general, retroactiva a todos los delitos perpetrados por los insurgentes desde que Núñez Vela pusiera pie en suelo peruano; 2) consagración de Gonzalo Pizarro como gobernador, ahora con carácter vitalicio, más la facultad adicional de designar un sucesor, también por vida, tal y como se ajustara en la Capitulación de Toledo; y 3) que no se instaurase Audiencia en el Perú durante los aludidos dos períodos, en atención a 'que por el momento no conviene' y en adelante debía de dejarse libertad de acción al mandatario, para que 'ponga orden y concierto' que juzgase oportunos" (Lohmann 1977: 73). Los delegados tampoco pudieron seguir su

viaje a España y, en particular, Lorenzo de Aldana estando en Panamá se pasó al bando del presidente.

Mientras se negociaba en Panamá el vuelco de frente de los representantes de Pizarro, La Gasca le envió a Pizarro una carta del rey, retenida hasta entonces, y otra de su propia mano, publicada textualmente por Zárate ([1555] 1995, cap. X) algunos de cuyos párrafos comentaremos. La carta del rey muestra un espíritu negociador y hasta complaciente. Menciona que ha escuchado al enviado de Lima, Francisco Maldonado y aceptado sus explicaciones, pero avisa a Pizarro que el licenciado La Gasca ha recibido

comisión y poderes para que ponga sosiego y quietud en esa tierra y provea y ordene en ella lo que viere que conuiene al seruicio de Dios, Nuestro Señor, y ennoblecimiento dessas prouincias y al beneficio de los pobladores, vassallos nuestros, que las han ydo a poblar y de los naturales dellas.

Carlos V es claro, y aunque ignoraba, al tiempo de escribir esta carta, el extremo que estaba alcanzando el proyecto pizarrista, no le parece fútil recordarle a Gonzalo Pizarro que tanto él como los españoles que estaban en aquellas tierras, eran *sus* vasallos. Tampoco olvida los intereses de los naturales. Finaliza recordando que tendrá memoria de los servicios brindados por su hermano el marqués don Francisco Pizarro.

La carta de La Gasca es mucho menos complaciente que la del rey. Insiste en que, una vez que se han revocado las leyes que provocaron las demandas, ya no había justificación para continuar con la contienda. La Gasca apela a la vieja hidalguía del linaje de los Pizarro, rogándole que evitase que “pusiese nota y escuridad en lo bueno de su linaje, degenerando dél”, porque el bien más precioso es la honra y “hase de estimar la pérdida della por mayor que de otra cosa ningún, fuera de la del alma”. Asumiendo que Pizarro es un hombre prudente, le recuerda

la poca posibilidad suya para poder conseruarse contra la voluntad de su Príncipe y que, ya que, no por auer andado en su Corte ni en sus exércitos, no aya visto su poder y determinación que suele mostrar contra los que le enojan, buelua sobre lo que dél ha oydo y considere quién es el Gran Turco y cómo vino en persona (...) [y cuando se halló] cerca de Su Magestad (...) entendió que no era parte para darla [la batalla]

y agrega otros ejemplos de testas coronadas que han aceptado y reconocido su poder en el transcurso de sus conquistas europeas. No se trata, entonces, de aceptar el vasallaje del rey sólo por su legitimidad, sino por el poder que ha logrado, y por su trascendencia europea, que cambia fundamentalmente el perfil político que había predominado en España hasta pocos años antes. Estos argumentos ocupan varios largos párrafos y es evidente que La Gasca amenaza directamente a los insurrectos con la represión. Es más, continúa diciendo que mientras tenían como enemigo a Núñez Vela podía justificarse el enfrentamiento, pero ahora él venía en son de negociador y pacificador. Y habiendo cambiado el contexto que dio origen a la rebelión, ya nada la justificaba. La Gasca le advierte además que no debe fiarse de sus adeptos, porque muchos le darán la espalda apenas comprendan cabalmente el terrible riesgo del desacato.

Retrospectivamente, y dejando de lado las Leyes Nuevas que por entonces ya habían sido parcialmente derogadas, podríamos resumir que la estrategia de Gonzalo Pizarro y su grupo de asesores más fieles consistía en atacar sobre tres frentes simultáneamente: 1) las negociaciones para obtener una confirmación real de su título de gobernador, con derecho a sucesión; 2) la lucha armada para sostener esta pretensión, dado que la primera motivación había perdido validez; 3) el recurso a la historia, al derecho medieval y a la enfeudación papal para legitimar su coronación como nuevo rey, que incluía complejos rituales de consagración. Para la primera alternativa y aunque oscilante, el consenso podía ser obtenido por-

que les permitiría conservar un control más estrecho sobre las decisiones políticas y más acorde con la mentalidad feudal que predominaba. Los dos restantes acarreaban consecuencias difíciles de evaluar y prefirieron mantenerse a la expectativa.

Sin duda el perfil que diseñan los acontecimientos revela la pugna que se planteaba en España y en el Nuevo Mundo entre la mentalidad medieval y el creciente absolutismo que se diseñaba bajo el reinado de Carlos V. Es a todas luces una época de transición, donde coexisten dos modelos de organización política. Además, aunque algunos sectores compartieran los principios de las nuevas formas de gobierno, no podía esperarse que toda la población cambiara sus prácticas y sus representaciones mentales sobre la naturaleza del poder de la monarquía en unas pocas décadas. Hasta finales del siglo XV, las luchas fratricidas por el poder habían caracterizado a la historia de los distintos reinos de la dinastía de los Trastámara. Era difícil que 40 o 50 años más tarde se abandonaran paradigmas que tuvieron vigencia durante más de un milenio. En 1464 un grupo de nobles se rebela contra Enrique IV y el exorbitante poder de su favorito de turno, Don Beltrán de La Cueva (García Aguilera y Hernández Ossorno 1975: 110). En este contexto se produce el destronamiento ritual de Enrique IV y la proclamación de Don Alfonso como monarca sucesor, que como vimos inspira a los insurrectos del Perú, porque este acontecimiento estaba todavía fresco en la memoria de los españoles. Y así se pueden multiplicar los ejemplos.

Por lo tanto, es necesario reflexionar sobre la indisolubilidad moral del vínculo de vasallaje con respecto al rey. Más arriba dijimos que los españoles que estaban en el Perú se encontraban atrapados por dos lealtades, la de preservar sus intereses y la que debían a su rey. Ahora pretendo cuestionar la fortaleza de esas representaciones sobre los deberes de los súbditos a su rey, en tanto que algunos historiadores de las instituciones, lo asumen en plenitud. Incluso Marcel Bataillon (1995), adopta la tesis de que entre los que se pasaron al bando monárquico, prevaleció el sentido del honor

tan caro a los españoles. Pero esto último sólo es posible después de tres siglos de absolutismo, durante los cuales el modelo hegemónico, en términos de Raymond Williams (1980), se fue naturalizando en la sociedad. Lo que no creo es que a mediados del siglo XVI esa lealtad incondicional hubiera pasado a ser un patrimonio cultural firmemente asentado que guiara todos los comportamientos políticos, menos aún en coyunturas excepcionales como las que se estaban viviendo en el Perú. Además, la conducta de estos españoles, una vez que habían atravesado el Atlántico, parecía variar sustancialmente. Las masacres y crueldades, habituales en todo el período, y la fragilidad y el oportunismo de las lealtades, demuestran que el paradigma del honor estaba altamente devaluado en los comportamientos cotidianos, aunque era una figura retórica de enorme valor simbólico cuando se trataba de conquistar o defender privilegios.

Esto obliga a entrar en el complejo tema de las representaciones sobre la intangibilidad del poder real. El solo hecho de que algunos sectores se atrevieran a cuestionarlo demuestra que el horizonte de modernidad todavía estaba en proceso de construcción y que no había permeado todas las conciencias. Es probable, por lo tanto, que el grado de consustanciación con la nueva ideología del vasallaje con respecto al rey variara según los grupos o los individuos. En suma, es una lucha de representaciones, entre las antiguas que insisten en perdurar y las nuevas que intenta imponer el grupo hegemónico (Chartier, 1996: 57). La sociedad que se estaba estructurando en el Nuevo Mundo era muy heterogénea en términos de preeminencia social, objetivos, orígenes regionales, oportunidad de opciones. Cada individuo pudo disponer de un conjunto de representaciones sobre el poder real que dependía de su historia "nacional" o local. Un juego permanente de tensiones personales, de intereses y apetencias que se disputaban un campo de poder donde nadie tenía una plaza asegurada. Y aunque los que apoyaron a Gonzalo Pizarro en los primeros tramos de esta historia luego cambiaron de frente, no puede afirmarse desde la perspectiva del presente

que la única causa fuera el sostenido sentimiento de lealtad al rey. Una interpretación alternativa es que también evaluaron que en el equilibrio de fuerzas, el mayor peso se estaba volcando del lado del presidente La Gasca y de la Corona. Porque no sólo la lealtad al rey pudo estar presente en el tablero de las decisiones, sino también las consecuencias de romper vínculos con la metrópolis, que podía conducir a un aislamiento paralizante e incluso destructivo. Sin el apoyo de Castilla, que era el reino más fuerte de Europa en ese momento, ¿cómo se podía llevar adelante esta colonización que era todavía tan incompleta? Por ejemplo, ¿qué destino darle al oro o la plata que los conquistadores ganaban en estas aventuras, si encontraban vedado el acceso a los bienes que apetecían en caso que se cortaran las cadenas comerciales? El asunto era seguir siendo europeos en tierra extraña. Y sobre todo nadie quería romper los lazos con la tierra natal, aunque se rompieran con la Corona, puesto que en el horizonte de estos colonos no existía otro reino u otro país con el cual podían identificarse. No había en ese horizonte otro modelo para reproducir. La imagen del mundo prevaleciente era la de la cristiandad española y en ningún momento pensaron en mimetizarse con los “infieles”, ni vivir según sus paradigmas. Además, no se pueden ignorar los peligros inmediatos que los asechaban. Recordemos, los sucesores de Manco Inca todavía gobernaban parte del antiguo imperio; muchas comunidades serranas o costeras estaban muy débilmente integradas, y el territorio “conquistado” estaba rodeado de fronteras de guerra. Perder el apoyo de ultramar era quemar las naves e iniciar un viaje de resultados inciertos y tal vez sin retorno. La emancipación que Gonzalo Pizarro pretendía carecía de las condiciones de madurez que tardarían tres siglos en alcanzarse, pero no fue, a mi criterio, una aventura tan peregrina ni tan estratégicamente desacertada como se la ha querido presentar. A pesar de los peligros y debilidades que se han mencionado, existió un grupo que imaginó que la autonomía era factible y además es evidente que estaba tomando forma en el horizonte imaginario de muchos de los nuevos pobladores de los Andes.

Del paradigma de la honra a la práctica de la deshonra

La realidad que refleja este subtítulo se observa con toda crudeza en las posteriores disputas entre facciones, con epicentros en Charcas y en el Cuzco. Ya lo dijimos, La Gasca no pacificó la región y la ambición desmedida y las disputas por los mismos recursos no se aplacaron. Es más, los abusos en la explotación de los indígenas no sólo no cesaron, sino que se acrecentaron. El análisis sobre las propiedades y encomiendas de algunas de las principales familias de Charcas que realiza Ana María Presta (2000), revela la constante burla de las leyes que limitaban los derechos de los encomenderos y que exigían que éstos pagasen los servicios personales de los indios. Las enormes fortunas acumuladas por la primera generación de colonos no deja dudas sobre la ilimitada explotación a la que fueron sometidos los indígenas, sobre todo en el período pretoledano. Ni tampoco sobre el total control que ejercía la élite colonizadora sobre las instituciones reales, en las primeras décadas en manos de los encomenderos y en el siglo siguiente en las de los ricos propietarios de minas, en particular los vascos. Dominar las instituciones para poder burlar las reglas era la práctica cotidiana de esta sociedad de contumaces ambiciosos. Y la brutalidad y crueldad que aplicaron en estas rebeliones deja traslucir el abismo que separaba el paradigma del honor de la deshonrosa conducta cotidiana.

La muerte del rival, seguida de la apropiación de sus bienes y encomiendas, revela con toda claridad que la disputa por la riqueza andina, en parte real, en parte sobrevaluada por la ceguera que produce la ambición, estaba en la base de todos los conflictos y de todas las traiciones. ¿Cómo se puede hablar del honor, cuando lo que predomina es un desnudo oportunismo? El honor sólo es un discurso y un argumento para justificar las acciones más “desarregladas”, para calificarlas con los términos de la época. Y si este era el caso, el abandono del paradigma moral que constantemente rei-

vindicaban los españoles, por qué creer que no eran capaces de abandonar el otro paradigma, el de la lealtad al rey, que en realidad, recién se estaba construyendo en la península. ¿Por qué juzgar a los conquistaos con los ojos de los que aceptaron después la intangibilidad de la persona del rey, si en las representaciones de la mayoría aún estaba en pañales? Porque muy distinto es aceptar la intangibilidad del estatus de rey, que el de la persona que el destino reviste con ese estatus. Por el momento, el absolutismo no estaba instalado totalmente y el pacto medieval —el de la mutua responsabilidad entre el rey y el pueblo— todavía formaba parte de las representaciones populares.

Por eso, después de varias generaciones en estas tierras, entre los criollos y, con más razón entre los mestizos, ni qué decir de los indios, la semilla de la emancipación que estaba enterrada en sus conciencias, germinaba cada tanto, mostrando los tímidos brotes de un reprimido anhelo de emancipación. Los españoles habían gastado sus vidas en la conquista, sus hijos criollos o mestizos querían disfrutar del legado de sus padres y los pueblos indios recuperar la independencia que habían perdido. Todos tenían fuertes razones para romper con la Corona que alimentaba sus finanzas —sus guerras europeas y su boato— con la sangre de todos los que estaban en América. Pero existió un obstáculo insalvable: el regionalismo, véase individualismo, que caracterizaba (¿o caracteriza?) a los españoles. Nunca pudieron ponerse de acuerdo, si querían emanciparse, para construir un aparato orgánico basado en una solidaridad social sin grandes fisuras. Estas fisuras eran, en realidad, grietas tan profundas que terminaron por tragarlos.

En términos generales, los conflictos del siglo XVII pueden clasificarse en dos grandes grupos, aquellos organizados por los indígenas para limitar o eliminar los abusos, o bien para subvertir el orden colonial, y aquellos en los que participaron los demás sectores sociales. Los primeros contienen en sí mismos una explicación que a mi juicio no necesita demasiado desarrollo. Los incas de Vilcabamba quisieron recuperar su imperio. Una vez eliminado Tú-

pac Amaru I, el resto de las comunidades y en particular en el siglo XVII, reaccionaban contra los abusos y la corrupción de las políticas y las prácticas de la coacción colonial. La presión adquiría por momentos tal fuerza que necesariamente provocaba respuestas violentas y alentaba las ambiciones de sacudir el yugo español, aunque hay que reconocer que estos movimientos carecieron de una organización que permitiese sostener la insurgencia u obligar a que la coacción económica y extraeconómica se atenura. La resistencia activa tuvo picos de violencia dispersos, coyunturales y descoordinados. El mayor peligro se produjo cuando indios, mestizos y españoles se aliaron contra las autoridades en los episodios de Laicacota en la década de 1660. No obstante, también en ese caso, cada sector defendía sus propios intereses o perseguía distintas utopías; la alianza, por lo tanto, perdió consistencia, si alguna vez la tuvo, y culminó en derrota.

Debo aclarar, no obstante, que de ninguna manera pretendo sostener que estos tipos de respuestas sediciosas fueran excluyentes. Por el contrario, una de las características del siglo XVII fue la mutua acomodación de las dos grandes “repúblicas toledanas”, la república de los indios y la de los españoles. Numerosas estrategias, ampliamente documentadas, dan cuenta de ellas y mostraron su eficacia, puesto que les permitía explotar en beneficio de las comunidades las debilidades del sistema. Un caso paradigmático fue la aparición de una nueva categoría fiscal, la de los “forasteros”, utilizada para burlar las mitas forzosas a las minas potosinas o ampliar la ocupación de otros espacios ecológicos cercenados por la redistribución administrativa. En la misma línea se ubican las constantes solicitudes de revisitas destinadas a adecuar las obligaciones fiscales al número real de tributarios; o las alianzas con curas y corregidores para desviar recursos o mano de obra que debería haber sido canalizada hacia el Estado. Existe una amplia literatura sobre este tema y no podemos desarrollarlo en esta ocasión. El hecho de traer a colación estos movimientos y conductas contrarias a las formas más opresivas de la coacción colonial, tiene por objeto poner en evidencia que

ambas actitudes coexistían en un difícil equilibrio. Sería absurdo ignorar los esfuerzos de los nobles incas que trataron permanentemente de conservar privilegios o adquirirlos dentro y no contra el sistema colonial. O el enriquecimiento de los curacas y sus intentos de imitar el boato y las costumbres españolas. Además, el mestizaje y los matrimonios interétnicos permitían una constante movilidad social, que si bien se efectuaba en ambas direcciones, hacia abajo y hacia arriba, nos obliga a poner en la balanza tanto los casos de aquellos que procuraban liberarse de la opresión, como de quienes lograban implementar estrategias exitosas de ascenso social o, al menos, eliminar las aristas más agudas de la opresión. Es también importante destacar que al adoptar las estrategias que les brindaba el sistema económico y jurídico español, las comunidades indígenas, en muchos casos, lograron superar los procesos de destrucción que en los primeros años parecían irreversibles.

Del mismo modo, no pueden ignorarse los combates en favor de los indios que muchos españoles, en ocasiones funcionarios de la Corona, llevaron adelante durante el siglo XVII. Luis Miguel Glave (1998: 37-52) realiza un detallado análisis de algunos de estos personajes, de los cuales el más notable y de mayor capacidad de presión fue Francisco de Alfaro, que en algunos temas reproduce los debates de Manuel Barros de Millán en el siglo XVI, estudiados recientemente por Murra (1998). Tanto los intentos de Alfaro como los de Domingo de Luna estuvieron vinculados, entre otros temas, con la reorganización de las reducciones que había implementado Toledo. Pero también Alfaro llevó adelante un largo combate para evitar la excesiva coacción económica que tanto perjudicaba a las comunidades indias, como la que se producía por la manipulación de las composiciones de tierras que las despojaban de sus antiguas posesiones.

Los otros tipos de rebeliones y revueltas cuyos participantes pertenecían al sector de origen europeo y a los mestizos, merecen mayor discusión y para ello es imprescindible recurrir a las nociones de solidaridad social, ética cristiana en sus diversas interpreta-

ciones y, en general, a los problemas derivados de las relaciones intersocietarias. Más allá del aparato institucional, económico y legal en el que se encontraban insertos, muchos de estos conflictos revelan el problema de la insolidaridad social y de la laxitud moral predominante en este particular contexto colonial y que lamentablemente no se manifiestan sólo en los casos extremos de revueltas armadas. Los conflictos jurídicos, casi cotidianos y la corrupción generalizada en todos los niveles sociales deberían ser objeto de mayor atención que la prestada hasta el momento.

Hubo conflictos con la Corona o intersectoriales, pero parece no haber existido un consenso social fuerte para defender los derechos y libertades comunes por encima de los individuales, de los grupos de presión o de las redes económico-parentales. Esto no significa que el concepto de bien común estuviera ausente. En la legislación, y en un sinnúmero de documentos colectivos o individuales, esta preocupación aparece en forma reiterada. Sin embargo no parece haber sido plenamente asumida por la población en sus prácticas políticas ni en las cotidianas. La solidaridad social era insuficiente y no apta para construir mecanismos de premios y castigos, iguales para todos, al menos al nivel de aceptación/rechazo dentro de la propia sociedad. A diferencia de Kant, que propone que las reglas constituyen un imperativo categórico, Durkheim (1967) sostiene que es imposible que un acto se cumpla sólo porque es ordenado, abstrayéndolo de su contenido. Es necesario que se incorpore a la sensibilidad de los individuos, que sea *deseable*. Pero, en una época donde la percepción de la importancia de las reglas y su incorporación como un deber ser, (el imperativo categórico de Kant), estaba segmentado y adaptado para ser deseable (en términos de Durkheim), según los niveles jerárquicos de los que estaba compuesta la sociedad, sería un error pretender una uniformidad que excediera los límites de ese paradigma social. Pero lo que más sorprende, como lo he dicho en otros trabajos (Lorandi 2001), es que las mismas prácticas insolidarias se observan en las relaciones horizontales entre los miembros de la élite dominante.

Debemos preguntarnos cuánto incide este problema en el desarrollo de una sociedad colonial disgregada sectorialmente, que se aprovechaba de la debilidad del Estado y del silencio cómplice de la Iglesia, que toleraba una vinculación con Dios más formal o ritualista, que gobernada por una fe profunda y cotidianamente consciente. Al carecer de una sólida amalgama ética y de capacidad para percibir la delgadez del cemento que regulaba la convivencia, ésta fue una sociedad que no pudo defenderse, como un solo cuerpo de comunidad, de las apetencias, de las pasiones y las desviaciones de sus miembros.

Cronología

- 1524** **13 de septiembre** Francisco Pizarro y Diego de Almagro parten desde Panamá en su segundo viaje exploratorio.
- 1527** **Septiembre** Llega una flota al mando del capitán Juan Tafur con orden de llevar a Francisco Pizarro de regreso a Panamá a pedido del gobernador Pedro de los Ríos. Los trasladan a la isla del Gallo. Sólo los "doce de la fama" deciden continuar con Pizarro.
- 1528** **Marzo** Bartolomé Ruiz llega con el propósito de rescatar a Francisco Pizarro y a su hueste.
- Bartolomé Ruiz lo encuentra con la balsa de los mercaderes.
 - Regreso de la hueste a Panamá.
- 1529** **26 de julio** Francisco Pizarro firma en Toledo la capitulación que le autorizaba para la conquista del Perú. El rey inviste a Francisco con el título de gobernador, adelantado y alguacil mayor. A Diego de Almagro se le otorga la gobernación de Tumbes y a Luque el obispado de la misma ciudad.
- 1531** **20 de enero** Francisco Pizarro parte hacia el Perú desde Panamá.
- 1532** **Abril** Francisco Pizarro abandona Tumbes.
- Mayo** Francisco Pizarro y su hueste parten rumbo al sur, siguiendo el camino del inca.
- Fundación de San Miguel de Tangará en la costa, la primera ciudad española en el Perú. Desde Trujillo suben a la sierra en dirección a Cajamarca para encontrarse con el inca Atahualpa que se encuentra en guerra contra su hermano Huáscar por la sucesión del gobierno del imperio incaico.
- 16 de noviembre** Masacre perpetrada por los españoles en Cajamarca. El inca Atahualpa queda prisionero.